

VI.
INFALIBILIDAD
DEL
PAPA.

Estudios del autor de varios artículos de
«El Cruzado» firmados por
Un Católico.



Edición de «El Cruzado»
En beneficio del *Dinero de S. Pedro.*

SUCRE, SETIEMBRE DE 1870.

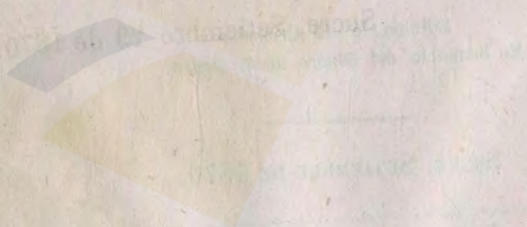
Imprenta de Pedro España.



262.131.2(84)

*Infalibilidad
del Papa*

ARCEBISPO DE LA PLAZA



El Redactor de «El Cruzado»

El presente folleto es la reimpression del artículo que apareció en varios números de este periódico con el epígrafe: «¿Es infalible el Papa cuando *ex cathedra* define el dogma, ó decreta sobre disciplina?»

Al reducirlo á esta forma, y que se tenga en un solo cuerpo lo que allí se publicaba por partes, hemos tenido en cuenta el mejor servicio de la causa de Dios, el honor de Bolivia, y dar el testimonio que nos era posible de la estima, y gratitud que la redaccion y lectores del Cruzado tributan al sabio y modesto anónimo de Oruro.

Sucre, Setiembre 29 de 1870.

INTRODUCCION.

Voi à estudiar la cuestion sobre la infalibilidad de los Papas, que tanto ha sublevado á los libre-pensadores, haciendo frente á la línea de batalla, sin mas arma que esa que nos dejó el Cristo: «*Si he hablado mal, da testimonio del mal; mas si bien, ¿porque me hieres?*» (S. Juan, XVIII—23.)

Algun Señor, al tomar su puesto en las filas contrarias, ha llamado seriamente la atencion del Gabinete sobre la lucha, que se sostiene; y ha pedido el desarrollo de la instruccion popular, para equilibrar el combate. Sin admitirle, *al menos mientras no se pruebe*, que el Santo Tribunal de la penitencia, base y fuente de *todas* las virtudes que nos quedan, se haya desvirtuado en el Catolicismo, hasta no ser sinó un arma de la *clerecia política*; unimos nuestra débil voz á la suya, pidiendo instruccion para el pueblo; pero no esa que deseca el corazon al mismo tiempo que llena la cabeza de pomposas frases, sinó aquella que tiende á la práctica de la virtud, y al mejoramiento del hombre; es decir, una instruccion católica, séria y profunda.

Por lo demas, es verdad que luchamos, y hace 19 siglos que principió el combate del dia, porque el mundo caido se sublevò desde Neron contra el poder incorruptible del Vicariato del Cristo, llamandolo *el enemigo del género humano*. Pero es à esa lucha, que el mundo actual debe cuanto tiene de bueno, y aun la libertad misma; pues, como ha dicho Mr. Guizot: «*A diferencia de las demas civilizaciones, en que la dominacion esclusiva de un solo principio (y no del todo bueno como solo es el cristianismo, añadimos nosotros) ha producido la tirania, la libertad ha resultado en Europa de la variedad de elementos del órden social, y del estado de lucha en que constantemente han vivido.*»

Si el combate persiste, es porque la aplicacion de la doctrina del Cristo es en el fondo la materia de todas

las controversias de las generaciones; es porque todos somos soldados de ese combate,—el que traza estas líneas y los que las leerán, incluso los que las arrojarán bajo la mesa (pues no las arrojarán sino por estar tan prevenidos, que buscan para sus prejuicios la armadura sin juntas de Aquiles)—; es que esa lueña, que hemos heredado y dejaremos en herencia, es una de las pruebas persistentes de la divinidad del Cristianismo, porque es el cumplimiento de esta profecía: «*Hé aquí que ESTE (el Cristo) ha sido puesto para la ruina y para la resurrección de muchos en Israel y como blanco de la contradicción de los hombres.*» (S. Luc. II—34.)

Para no desertar de nuestro puesto, y estudiar mejor si el Papa es infalible, reduzcamos la cuestión á los términos, en que la sostiene el catolicismo; pues se la ha exajerado de manera, que pueda ser contestada—ya atribuyéndonos, que deseamos *divinizar al Papa*, como lo hace un escritor de Lima—ya oponiéndonos con Galileo la astronomía, ó con Descartes la filosofía. (a)

Si ellos permanecen fieles á esa táctica—que con

(a) Los hechos de Galileo y Descartes han sido todavía muy exajerados para servirse de ellos, como lo saben nuestros lectores. En cuanto á Galileo, es ya sabido por todos, que, si tuvo algunos azares en Roma, fue por pretender que el Papa reconozca su sistema como el de la Biblia; siendo así que el Libro Santo no se ocupa de Astronomía.

Si hubiese sido por sostener que la tierra tiene sus dos movimientos...¿como explicar, que Copérnico no hubiese sido perseguido, cuando en su: «*De las revoluciones del Orbe celeste.*» dedicado al Papa Paulo III, y publicado en 1543, sostenía, 89 años antes que Galileo, los mismos principios que éste sostuvo en sus: «*Diálogos sobre los sistemas del mundo.*» publicados en 1632?—¿Como explicar todavía, que no lo hubiese sido Newton, que, 55 años despues de Galileo sostenía lo mismo en sus: «*Principios matemáticos de la filosofía natural.*» publicados en 1687?

Creo que nuestros adversarios, siempre *científicos* en sus críticas, no se han fijado en estos hechos; y ni siquiera, en que este sistema, opuesto al de Ptolomeo, corría libremente 22 siglos antes que Galileo lo aceptase, esto es, desde Filolao de Crotona, que vivía como 500 años antes de nuestra era, y que acaso lo aprendió de Pitágoras su maestro; y en fin, ni siquiera, en que el tan repetido: «*E pur si muove.*» atribuido á Galileo, no tiene mas fundamento que un *se dice* de origen sospechoso.

varias ediciones protestantes cambió la palabra *muger* por la de *esposa* en ese texto de S. Pablo: «¿Por ventura no tenemos potestad de llevar por todas partes una muger que es nuestra hermana?»—; que sustituyó con Zwingli la voz *significa* à la palabra *es* en aquellas de

En cuanto à Descartes, si no me equivoco, creo que nunca ha sido *unatematizado*, habiendose, es verdad, prohibido en Roma la lectura de sus dos primeras obras, que en tal época tambien corrieron en Paris riesgo de ser quemadas por mano del verdugo.

Porque? Porque, renovando el método de la duda científica en su «*Discurso sobre el método*,» principió, quizá por su profundo respeto al catolicismo, por separar las verdades religiosas de las filosóficas y morales, como si sus líneas fuesen facilmente trazables.

En este método vió Roma à Baile, à traves de una década; pues la duda científica, una vez rota la unidad de verdades, debió degenerar como ha degenerado en el pirronismo mas completo. ¿Y que? ¿No se han cobijado bajo el manto del Cartesianismo, desde el glacial escepticismo de Baile hasta el panteísmo ideal de Spinoza? ¿No se han llamado cartesianos esos millares de sofistas que profesan las mas monstruosas paradojas, y pretenden someter al poder del raciocinio humano las mismas verdades sobrenaturales, bajo pretexto de no poder admitir otras verdades, que las evidencias del silogismo? Sin duda, bueno es saber dudar; pero no hasta *quedarse solo en el universo*, como de Descartes dice Galluppi.

Todavía, si se registra la historia del Cartesianismo, no se puede encontrar entre las mil ruinas, que ha producido, verdad alguna nueva introducida por él al mundo: y esto debió ser así; pues una filosofía de abstraccion, exajerando mas y mas su aislamiento, debía, quitando à la intelijencia el contrapeso de la autoridad, arrojarla en el escepticismo, el panteísmo, la negacion—Baile—Spinoza—Proudhom.

Si se nos pidiese una prueba de que la causa de la prohibicion de las obras de Cartesio solo fué esa tendencia à una exajeracion desmedida, recordariamos que Cartesio bebió sus ideas en Santo Tomas: de modo que la duda científica y el famoso entimema: «*pienso, luego soi*» corrian libremente, al menos 4 siglos antes de Descartes: (y decimos *ménos*, porque fácil nos seria mostrar ambas ideas en la «*Ciudad de Dios*» de S. Agustin, es decir, 13 siglos antes:) y recordariamos aun que, un cuarto de siglo despues que Descartes, profesaban libremente el cartesianismo los Malebranche, los Bossuet, Fenelon, D^c Aguesseau.

Nosotros mismos admiramos al gran autor del *Discurso sobre el método* y las *Meditaciones*, porque al dudar nos declaramos hombres: pero seguimos siéndolo al creer; y seguimos siendo Cartesianos, al aceptar las fuentes de certidumbre del sistema—*la autoridad*—la evidencia.

Cristo: *Este Es mi cuerpo*; etc. etc.; si aun se permanece fiel à esa tática, establezcamos ante todo, que el catolicismo jamas ha proclamado *omniciente* al Papa; y que sabe, que ese mismo Pio IX, *infalible* al declarar la *Concepcion Inmaculada de Maria Santisima*, puede no estar en astronomia á la altura de un regular alumno.

Reducida pues la proposicion á los términos en que el catolicismo la sostiene, esto es, que el *Papa es infalible, cuando ex cathedra define el dogma ò decreta sobre la disciplina*, no pueden tener nuestros contendores el derecho de esplayarla ó restringirla, porque somos nosotros los que la hemos planteado. Es pues en este sentido que debemos estudiarla; y entonces:

—Al hacer su estudio filosófico, se nos presentarán las siguientes cuestiones.—

1.^a ¿La fé es una lei de la inteligencia humana; y lei que no puede ser satisfecha sino por la infalibilidad?

2.^a ¿Debió Jesu Cristo satisfacer esta lei al fundar su religion salvadora, creando una autoridad infalible que garantice à la fé las verdades salvadoras?

3.^a ¿Quiso crear y creó tal autoridad? Como? En quien?

Si encontramos que tal autoridad fue creada, nos será preciso todavia verificar históricamente—si ella ha gozado de los atributos de un poder, encargado de conservar *pura é idéntica* la verdad revelada à todos los hombres de todos los siglos; y entonces las cuestiones serán naturalmente:—

1.^a ¿Esa Autoridad es universal?

2.^a ¿Es perpétua?

3.^a ¿Se ha mostrado indefectible?

Si la historia verifica estos atributos nos queda por examinar las razones de los que contradicen la infalibilidad de la autoridad espresada, y estudiar aun los temores que manifiestan por la civilizacion, la libertad, las luces.

Resulta pues que la materia es tan rica, que sería preciso crear un libro para desarrollarla; y tan bella,

que se eleva mui por encima de nuestros pobres medios. Por esto, y porque debemos presentarla en algunas columnas de periódico, rogamos se nos dispense las lagunas que nos será preciso dejar en este escrito.

I.

§ 1º.—*La fé es una ley de la inteligencia humana que no se satisface sinó por medio de la infalibilidad.*

Nadie niega ya, que el hombre moral es corazon é inteligencia; y que sus destinos ruedan sobre estos dos polos:—amor,—luces. Pero de estas luces no es la inteligencia la que las produce todas: lo absoluto, las raices de todas las verdades, que puede poseer ó asimilarse, se le escapan en todos los ramos de las ciencias, incluso las llamadas positivas.

En efecto—esa suma de verdades absolutas depositadas por Dios en la mente humana, y que son el tipo, con arreglo al que se verifican las operaciones del alma y se juzgan todas las demas verdades—ese cúmulo de principios eternos directamente comunicados al hombre por su Omnisciente Hacedor, y sin los que nos habria sido imposible mantener relacion alguna, ni con Dios, ni con los demas hombres—ese nexo de preceptos que *creemos* bajo la autoridad del sentido íntimo, y que en vez de ser demostrables nos sirven para demostrar las verdades deducidas—esa suma de verdades, decimos, que se llaman *razon*..son un don hecho por Dios al hombre, quien en vez de crear ó demostrar, solo recibe y trasmite.

Y en verdad, no es la inteligencia, la que crea los principios, las verdades necesarias, que ni á demostrarlas se atreve siquiera; y la deduccion, el juicio, el raciocinio humano, ejercicios de la mente—siendo, como son, una cadena que liga los datos de la sensibilidad, de la memoria, del testimonio humano á las percep-

ciones del sentido íntimo, y que por una reversion toma su fuerza de evidencia del mismo sentido íntimo—tales operaciones no pueden demostrar jamas ni el principio ni el fin de las verdades, y solo nos ofrecen las verdades medias.

Es por esto que leemos en Galluppi (traduc. del Dr. Cortés:) «El testimonio de la conciencia, ó lo que es lo mismo, la percepcion del sentido interno, es el último fundamento en que se apoya la ciencia del hombre....La realidad del conocimiento no es, pues, el resultado de un raciocinio; la admitimos antes de todo raciocinio: es una verdad primitiva é indemostrable.»

Si pues las verdades primitivas son un don, una primera revelacion hecha por Dios al hombre, no es atinable porque quiere el racionalista descartarse de la razon entera, para quedarse solo con las evidencias del raciocinio, convirtiendo así en una mera *abstraccion* esa razon que es una esencia real, que originariamente existe en la Mente Divina.

Verdad es que nuestra inteligencia ha sido formada para poseer esa razon, que, al decir de Ciceron, es contemporánea de la inteligencia divina: pero tambien es verdad que en nuestro actual estado no la posee toda; y que al raciocinar tiene que apoyarse en las verdades primitivas, que necesariamente *cree*.

Si esta *creencia* en las percepciones de la conciencia es necesaria á la mente humana, aun en las ciencias llamadas positivas y sin excepcion de un solo conocimiento—pues aunque todos sabemos y creemos, que nos movemos y dormimos, nadie ha demostrado como el alma mueve el cuerpo, ni como duerme;—si aun es preciso para poder entendernos, que toda nuestra especie *crea* allí en el fondo de sus evidencias, que dos y dos son cuatro; esta *creencia* vendrá pues á ser mas exigente y necesaria, cuando se trata de las verdades de la religion natural.

Y ciertamente: la filosofía puede al menos llegar por medio de sus inducciones al *conocimiento de Dios*,

por haber querido este comunicársenos—como Creador á nuestra simple sensibilidad—como Belleza moral á nuestro corazon—como Justicia á nuestra conciencia—como Verdad á nuestra mente; pero la sola filosofia no ha podido llegar á conocerlo perfectamente sino por medio de la fé, de esa fé que le revela sus atributos, basándose en una primera revelacion divina; de esa *fide majorum*, tan preconizada por los grandes filósofos desde Tales á Sòcrates y Platon, y desde estos á Ciceron. Pero la dificultad sube de punto, si se trata *de aquellas verdades de la religion natural*, que siendo relaciones necesarias entre el Criador y sus criaturas, no pueden sin embargo ser conocidas al hombre si aquel no las revela, por la sencilla razon de que el ser finito no puede conocer sino por medio de una revelacion hecha á su fé, todo lo que es necesario al Infinito.

El terreno de la fé debe ensancharse todavia mucho mas, al pasar del dominio de la verdades de la religion natural á las de la religion revelada; porque, habiendose debilitado las revelaciones perpétuas de la creacion y la conciencia, á causa de la caida humana; y habiendo perdido la humanidad el depòsito de las verdades de la revelacion adàmica entre las disputas del racionalismo antiguo...era preciso, que Dios volviese á revelarle la suma de verdades eternas suficientes á *religar* al hombre caido con su Dios ofendido.

Ahora bien; si la razon natural es una revelacion divina, la revelacion cristiana, que tiene el mismo origen, es una razon sobrenatural, que viene á completar á aquella, haciendola bastante para el fin á que somos destinados y en nuestro actual estado; y segun esto, si la inteligencia natural tiene necesidad de *creer*, la revelacion cristiana tiene el derecho de exigirle mayor suma de fé, porque ha aumentado la suma de verdades, y estas son adjuntivas á las naturales en vez de simplemente deductivas.

Asi pues en cualquier terreno que estudiemos nuestra mente, resulta que son la razon y la fé las dos potencias con que puede ella realizar sus destinos; y que

por lo mismo, permaneciendo ambas en su esfera, la fé tiene que ser *razonable*, y la razon *creyente*, por ser potencias inseparables, si bien distintas, de una misma inteligencia.

Si pues el hombre no puede hacer su inteligencia, sinó como es—*creyente*; si donde la razon encuentra tenue el aire para sus alas, tiene que recurrir á las de la fé, de esa fé encargada de recorrer en el destino humano el espacio donde la razon confiesa desesperada su impotencia; es una verdad de esperiencia diaria, que la fé no se satisface nunca con las probabilidades: que el hombre, para elevarse á ser un agente moral, requiere antes de obrar, fijarse en la certidumbre: y que esta certidumbre, basada en la fé, no puede resultar sinó de la infalibilidad, y de la infalibilidad mas absoluta.

Sin la infalibilidad no es pues posible certidumbre alguna, ni en esa proposicion: *pienso; luego soi*, porque el *pienso* hai que aceptarlo bajo la fé del sentido comun, que necesariamente creemos *infalible*. Sin la infalibilidad no es posible obra alguna moral á no ser en los que el mundo llama *crédulos*, porque sin la infalibilidad hai que quedarse sobre el tempestuoso mar de las *opiniones*, que, por lo mismo que son la ausencia de toda certidumbre, no pueden imponer deber ninguno.

En efecto, existiendo una comunidad de razon entre Dios y el hombre, no es que cada uno tengamos nuestra razon propia; sinó que existiendo una sola razon, es solo ella, que tiene el derecho de *obligarnos*, porque su fuente se encuentra en la Omnisciencia Eterna: de aqui la mayor fuerza y netedad de los deberes para los católicos.

Pregúntese sino—por qué el hombre debe amar á Dios, antes que todo; y a su prójimo, como á sí mismo; y se verá, que un niño católico responde sin titubear—«porque es mandamiento de Dios,»—es decir de la *infalibilidad misma*; y que un filósofo, que no lo sea—ó responde «porque es natural,» (dando á esta voz un significado vacio; puesto que para él lo natural no es una ley divina); ó presenta alguna razon

de *interes*, queriendo fundar las mas sublimes virtudes en el mas ruin y espantoso vicio; y lo aseguramos, porque han explicado con el egoismo aun el amor filial y el amor de madre.

Tenemos pues derecho para concluir, que la infalibilidad es la única, que puede corresponder á la fe, ley de la inteligencia humana; y que en el dominio de las verdades religiosas, esa *infalibilidad* tiene de ser la nube, que guiaba á Israel por el desierto, mostrándonos el camino de lo verdadero, lo bello y lo bueno.

Para acabar de convencernos de esta verdad, examinemos—si los filósofos y las sectas, que se rien de nuestra credulidad extrema, *creen* tambien algo; y por ello, tienen que confesar la infalibilidad, que rechazan.

Entónces; he ahí á Sócrates, que al decir (en la Phædra de Platon): «es preciso esperar, que un *Dios* «[un infalible] venga á instruirnos como debemos proceder en nuestras relaciones con Dios y los hombres», proclamaba necesaria esa *infalibilidad*, que Voltaire confesaba tambien sin pensarlo, cuando decia: «es evidente, y está bien demostrado, que *nos es precisa LA REVELACION* en materia tan interesante, porque *necesitamos un institutor* mas grande, que los Sócrates y los Platon».

Tan necesaria es la infalibilidad á la inteligencia humana, que Rousseau rastreaba reglas infalibles de fé en esa misma razon, que segun él, no puede conocer nada; pues en una de sus cartas escribe:....«Vuestra Iglesia pone un freno muy saludable á las tempestuosas inquisiciones de la razon humana, que no encuentra fondo ni ribera cuando quiere sondar el abismo de los seres; y tan convencido estoy de la utilidad de este freno, que me he impuesto uno semejante, *prescribiéndome para el resto de mi vida REGLAS DE FE, QUE NO ME PERMITO QUEBRANTAR NUNCA.*

Tan necesaria es la infalibilidad al hombre, que

el Protestantismo saca toda su fé de la *infalibilidad* que cree en ese *Libro*, que un dia arrebatara al catolicismo, que ha sido su secretario y depositario. ¿Pueden pues los sectarios del libre exámen demostrarse por medio del solo raciocinio, sin valerse de la autoridad, que Jesus vivi6? No!—¿Qué los Evangelios contienen su vida y doctrina? Méenos!—¿Qué el Evangelio ha sido inspirado, es decir, que es *infalible*? Mucho méenos! Luego pues, si creen infalible á ese Libro, solo es en virtud—de que corresponde al dominio de la fé ese inmenso espacio, que se estiende desde el mojon, que limita la razon humana hasta la linde iúdefinida de nuestras intuiciones.—Pero el protestantismo hace mas; pues, al no reconocer mas autoridad, que la Biblia interpretada por cada inteligencia particular, proclama la *infalibilidad religiosa* en todos los hombres, salvo á reconocer muchas intalibidades contrarias, y á sostener todavia predicadores y conversores, que, ó son nada, ó deben ser infalibles.

Tan necesaria es la *infalibilidad* sobre todo en materia religiosa, que Lutero, que, al fundar el libre exámen, proclam6 *infalibles* á todos sus sectarios, no tard6 en secuestrar todas esas infalibilidades en provecho de su sola infalibilidad: y Calvino no rompi6 con el poder infalible de la Iglesia, sino para hacerse infalible el mismo. Si nó, oigamos á Lutero, que dice:... «A este evangelio, que he predicado yo, el Dr. Martin «Lutero, deberán ceder y someterse el Papa, los Obispos, los sacerdotes, los monges, los reyes y principes, «el diablo, la muerte, el pecado....»; y escuchemos á Rousseau, que dice de Calvino:» ¿Donde encontrar un «hombre mas decisivo, mas divinamente infalible, que «Calvino: puesto que la mas pequeña oposicion era «siempre una obra digna de Satan, un crimen digno «del fuego eterno?

Tan necesaria es la *infalibilidad* en materia religiosa, que los principes, que explotaron la Reforma, se hicieron tambien infalibles: pues mientras Enrique VIII. quemaba herejes en Inglaterra, Gustabo publica-

ba Bulas en Suecia; y....lo que es mas instructivo... los ciudadanos reformados reconocian la *infalibilidad* de sus príncipes; pues los de Montbelliard declaraban, que *creerian* sobre la Cena lo que el príncipe *ordenase*.

Tan necesaria es la fè y por consiguiente la infalibilidad á las leyes de la inteligencia humana, que el *racionalismo*, que contradictoriamente admite como fuentes de verdad y certidumbre, la *ciencia*, la sensibilidad, la memoria, el raciocinio, el *testimonio*, jactándose de no admitir mas verdades, que las que la inteligencia *comprende* y *demuestra*, cree tambien en la infalibilidad de las verdades sobre Dios, el alma humana y sus relaciones, que ni ha descubierto, ni demuestra porque solo las ha aprendido de los que por *créculos* desprecia. Lo único, que le sucede es, que, cuando recuerda que es *racionalismo*, queriendo comprender con la *mente finita la razon infinita*, altera y pierde alguna de estas verdades, lanzándose al deísmo, al materialismo, al ateísmo, en que tiene tambien que creer de un *modo infalible* los mas chocantes absurdos.

Así—el deísta cree, *sin admitir contradiccion*, que no han existido ni Jesus ni sus Apóstoles; y que los hechos históricos del cristianismo, desde Augusto á Juliano el apóstata, (y quizá hasta Pio IX y sin duda incluidos estos mismos) son una pura mitología—el materialista cree, *sin asomo de duda* que el sentimiento, la inteligencia, la voluntad, la conciencia, son como la estension, la pesantez, etc... puras cualidades de la materia—el ateo cree *de un modo infalible*, que la no-existencia se dió un dia existencia á si misma, apareciendo el Universo que admiramos, y que sus leyes son solo el efecto de una *casualidad constante*.

Terminando por esa cita de Voltaire, que vale por mil: «someter nuestra razon, no por una credulidad ciega, sino por una docilidad, que la misma razon autoriza, tal es la fé cristiana», se debe asegurar, que todos creen: unos, porque, como Lineo «descubren algunas huellas de los pasos de Dios en la

Creacion»; y otros porque como el salvaje creen Dios al renacuajo. Pero, como la fé exige *la infalibilidad* por base, unos creen absurdos con esa credulidad, consecuencia de la debilidad humana; y otros creen hechos razonables, aunque superiores á la razon, con esa *docilidad*, que la misma razon autoriza; y que no es otra cosa que una sumision loable á la Omnipotencia misma.

Si los absurdos, (y decimos absurdos, porque incluyen contradiccion) en que creen los protestantes, racionalistas, deistas, materialistas, ateos, se ven erigidos en dogmas infalibles por los que, jactándose de no admitir mas que la evidencia demostrada por la mente, parece que quieren justificar el *philosophi credula natio* de Séneca; no es sino porque las leyes de la mente humana están basadas en la fé; y la fé necesita de la infalibilidad.

Luego pues los católicos *infalibilistas*, sometiendo la inteligencia á las leyes de su naturaleza, y llenando con la fé el espacio inmenso, que, mas allá de la potencia de la razon humana, debe conducirnos hasta la Razon Soberana, elevamos al hombre hasta el Eterno, ante cuya infalibilidad nos postramos: entre tanto que los *falibilistas*, queriendo someter las mismas verdades sobrenaturales á la comprension de la razon humana, pretenden medir á Dios por el hombre, mas bien, someter Dios al hombre. ¿Y para qué? Para perder de vista ese *mas allá*, que es el orijen de todos los deberes, de todas las virtudes, de todos los sacrificios; y acabar, como Saint-Simon y Fourier—por negar la legitimidad de los deberes, y proclamar, que están en el crimen el derecho y la felicidad humana!

Quizá se nos mostrará a muchos falansterianos, para contradecir esta conclusion. Pero nótese que son virtuosos, *a pesar de' sus doctrinas*; y que, sino traducen en su conducta las consecuencias de sus funestos sistemas, quizá es solo porque esa opinion pública cristiana, que se forma al rededor de ellos, los de-

tiene sobre la resbalosa pendiente de la perversidad y la locura.

§ 2º.—*La conservacion de las verdades reveladas por Jesu Cristo exige el divino establecimiento de una autoridad infalible.*

Establecida la necesidad de la *infalibilidad* por las leyes de la inteligencia humana, pasemos a estudiar, si el Autor de la religion cristiana, debió corresponder a esa ley de la humana inteligencia, dejándola satisfecha por medio de una *autoridad infalible*; só pena de no ser entendido, o tener que trastornar la inteligencia, su mas perfecta obra en la tierra.

Lo primero, que en tal caso ocurre preguntarnos, es...¿quién o qué fué el Autor del cristianismo? ¿Fué acaso solo *un sabio, que aun tenia la debilidad de creer en diablos, o un impostor bienhechor*, como se ha llegado a sostener en este siglo, tan orgulloso de su lógico razonamiento?

Tan débil es el hombre, que la efimera inestabilidad de sus obras es siempre lo que lo revela: así, entre los muchos sabios, que en la antigüedad trataron de formar una escuela práctica, los mismos Platon, Aristóteles, Ciceron, a pesar de haber acomodado las leyes naturales a las costumbres de su época, vieron caer sus *Repùblicas*, ántes de ser aceptadas en la práctica, ni por sus autores mismos. Todo lo contrario ha sucedido con la obra de Jesus; pues, a pesar de haber aumentado nuevas austeridades a las naturales, como si hubiese tenido fija la vista en la perfeccion celeste; vióse casi de repente aceptar en la práctica ese yugo, ofrecido por algunos pescadores judios; y esto a los habitantes del siglo mas sensual y corrompido. Si pues no es humano, que los del siglo de Augusto hudiesen aceptado por Dios a un hombre muerto en el patibulo de los esclavos, y si todavia lo es ménos, que su obra, practicada por hombres de todos los climas, atravesase incólume los siglos....hay que confesar, que

Jesús fué mas que un hombre.

Y nosotros agregamos, que es preciso confesar, que es Dios, porque habiéndose proclamado el mismo—hijo del Eterno—uno con su Padre—Dios salvador—seria preciso para negarle este carácter. probar, que Dios—la Justicia omnisciente y omnipotente— es cómplice de su impostura.

Ahora pues; si Jesucristo es Dios, la religion, que fundó con su sangre, no puede ser sino la verdad misma. Y como el Cristo, al tender a la humanidad caída la misma mano, que la formara, tomó por campo de su doctrina el mundo de todas las edades—como siendo El el Redentor de *todos* los hombres, su Iglesia debia ser la misma bajo Pedro, que bajo Pio IX... Cristo, decimos, debió dotar su Iglesia de un medio de propagacion, estabilidad y fuerza perpetuas.

¿Cual este medio? ¿Las inducciones y deducciones del raciocinio humano? No, sin duda, porque la revelacion cristiana, aumentando la suma de las verdades debia sobrepasar la potencia de la razon finita, mucho mas que los principios llamados naturales.—No, sin duda, porque este medio debia estar colocado por encima de las tempestades de la inteligencia, del racionalismo humano, que ya habia derruido sobre la tierra las verdades primitivamente reveladas; alterándolas mas y mas cada dia, apesar de que los sabios las defendian—como hoy lo hace la Iglesia—apoyándose en la autoridad de la tradicion antigua; hasta que Sócrates bebió cicuta, por querer recordarlas.

Y en efecto: al estudiar la historia de las creencias antiguas, se ve, que la verdad, la verdad cristiana, es mas y mas radiante, a medida que nos remontamos en las edades; y que se ofusca, a medida que descendemos, hasta que—rota la cadena de la tradicion—cada escuela se hace una verdad a su modo—el orden es convertido en una anarquía de opiniones—y las nociones de Dios, el hombre y sus relaciones son tan olvidadas, que el hombre olvida a *Dios*, para adorar *dioses*.

¿Cual pues, entónces ese medio de propagacion y

perpetuidad de las verdades cristianas? *La tradicion de ellas*; y tanto mas, cuanto que los Evangelios no contienen todo lo que nos es preciso saber con respecto al gran negocio de la salvacion eterna. (b)

Pero, en tal caso, esa tradicion debia estar basada en la unidad de la verdad, porque, si el objeto del Cristo era redimir al hombre, si su doctrina debia nivelar ante la razon soberana é infalible todas esas olas de opiniones particulares...era preciso, que preserve las verdades reveladas de esa fatal descomposicion del racionalismo humano; lo que no era posible hacer, sino dotando su doctrina y el medio de su propagacion—de una unidad perpétua; pues la unidad era la condicion misma de su existencia.

Ahora bien: no puede darse unidad à una doctrina, sino por medio de una autoridad, que tenga fuerza bastante para dominar todas las divergencias, y poder suficiente para destruir todas las rebeliones, que nacen del temor de ser conducidos al error, ó del deseo de distinguirse, que tanto aisla: todo lo que quiere decir, que la unidad de doctrina no puede basarse sino en la Autoridad.

Luego pues Cristo Dios debió colocar la unidad de la tradicion de su doctrina santa—destinada à salvar al hombre, trasformando, bajo el soplo de la caridad mas sublime, todas sus costumbres é ideas—bajo la vigilancia de una Autoridad espiritual y católica, depositaria y dispensadora *incorruptible* de las verdades reveladas—de una autoridad, que pudiese decir: *piensa como*

(b.) El Redentor mismo, despues de dar muchas instrucciones à sus Discipulos, agrega: «Aun tengo que deciros muchas cosas, que no las podriais llevar ahora—Mas, cuando viniere aquel Espíritu de verdad, os enseñará toda la verdad, (San Juan, XVI—12) I S. Juan, que nos recita este hecho, dice en otra parte: «Otras muchas cosas hai tambien, que hizo Jesus; que si se escribiese una por una, me parece, que ni aun en el mundo cabrian los libros, que se habrian de escribir» (Jn. XXI—25).—Lo que S. Pablo confirma en la práctica, escribiendo: «Y así hermanos, estad firmes, y conservad las tradiciones, que aprendisteis, ó por palabra, ó por carta nuestra. (II Thesal—II—14.)

yo; porque yo pensaré dentro de mil siglos, como pienso hoy día, y como pensé hace 19 siglos.

En esta inmutable seguridad de lenguaje, necesaria á una Autoridad, encargada por Dios de conservar una, pura y eterna la palabra divina, habrá ya visto nuestro lector la absoluta necesidad de la *infalibilidad* á una Autoridad semejante.

Luego pues es irreprochable el catolicismo, que funda la verdad en la unidad; esta en la autoridad; y esta en la palabra divina, cuyos textos estudiaremos pronto.

Si!..Lo repetimos; El Redentor debió, para evangelizar todas las Naciones *hasta la consumacion de los siglos*, crear á su doctrina un medio de propagacion y conservacion; pero un medio, que sea universal, comun, y perpétuo; y debió dejar, despues de su ascencion, un Poder auténtico, que eternamente comuniqué pura su palabra, é interprete sin equivocarse sus preceptos; pues de otro modo no seria el Salvador de la humanidad caída —no seria Dios. Estos cargos formidables, haciendo de ese Poder una continuacion visible de su eterna presencia, requieren y prueban, que debe estar dotada de *infalibilidad*; pues, á no estarlo, **EN VEZ DE SALVAR, PODRIA CONDENAR**; y, *atendida la debilidad humana, CONDENARIA.*

Y..¿quién es ese, que sostiene que el Salvador nos legó una autoridad, que condene, siendo Omnisciente; ó que, sin dejar ninguna, nos entregó al viento de la condenacion? ¿Quién es ese que acusa á Dios de estupidez ó de impotencia?...¡Cómo! Si se niega la *infalibilidad* de la autoridad, encargada de propagar y perpetuar pura la doctrina del Redentor....¿seria pues cierto, que el Omnisciente, no hubiese dejado mas órgano de propaganda y perpetuidad, que la Biblia, *entregada* á las interpretaciones de la razon individual?

Pero entónces, el polvo de sectas, en que se descompone el protestantismo, como un miembro arrancado del cuerpo humano, vendria á atestiguar de un modo irrecusable é irreparable, que esas verdades contra verdades no pueden ser obra de la Verdad Increada.

¿«Y acaso era necesario que así se descomponga el protestantismo?»—se nos ha dicho—Nosotros creemos que sí; porque la razón *natural*, que, por lo mismo de serlo, no puede comprender ni demostrar las verdades *sobre-naturales*; tiene—ó que interpretar muchos textos en el sentido que puede darles la inteligencia, tan variable, no solo de hombre á hombre, sino también de hora á hora en un mismo individuo—ó que declararlos *ininteligibles*, es decir, sin sentido positivo, una mera redundancia, una superfetación oscura, una inutilidad absoluta.

Es por esto que en el protestantismo—unos han entendido, que ese texto tan sublime y tan positivo en todos los Evangelistas; «*Tomad y comed: ESTE ES mi cuerpo*» quiere decir: «*Tomad y comed; Y FIGURAOS, que ESTO es mi cuerpo;*» mientras otros se desentienden de él, declarándolo ininterpretable, esto es, inútil, y dan así un golpe mortal á la infalibilidad del libre exámen.

Y esto es tan evidente, que la Biblia, esa Lei de amor, interpretada por una *autoridad falible*, en vez del Código del Cordero Redentor, se convierte en el de las pasiones....¿Y qué?...¿No encontró Muntzer en la Biblia, que eran réprobos los nobles y los propietarios? ¿No descubrió Juan de Leida, que toda lei positiva era anatematizada; y que la poligamia era el derecho de los Santos? ¿No condenó las ciencias y las artes en el siglo 17 esa Inglaterra, que hoy proclama la industria, como única fuente de vida?

«No basta pues á una religion *establecer un dogma*, sino que *ademas le es necesario dirigirlo.*» Montesquieu lo ha dicho: (Espíritu de las Leyes.)

Concluyamos esta prueba, confesando, que las verdades incontrovertibles, implantadas en la estirpe caída por la sangre del Cristo, la *Infalibilidad misma*, no podian ser *establecidas ni dirigidas*, sinó por una Autoridad, que sea *infalible*.

§. 3º.—*Jesu Cristo ha establecido como fundamento de su Iglesia un Organo infalible de la doctrina*

revelada.

Establecida la necesidad de un Órgano Infalible para fundar y conservar pura la doctrina del Crucificado, à través de todas las edades; à menos que no se quiera sostener, que el Cristo, *siendo Dios*, no pudo prever lo que cualquier hombre hubiese previsto; inquieramos si quiso establecer, y estableció dicho *órgano infalible*. Y he aquí que tocamos un punto tratado hace 49 siglos, hasta ayer en la *Exposicion de los Obispos católicos*.

Nos bastaría pues remitir à cualquiera de esas obras; pero en favor de los que como nosotros quieran estudiar la materia, abramos el Libro Santo, y recordemos la doctrina, que el Salvador nos dejara à este respecto. Leamos:

Jesus caminaba seguido de sus discípulos y de una multitud de gentes—«Y subiendo à un monte, llamó à á sí à los que El quiso; y vinieron à él—Y escogió à doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos à à predicar...—Y à Simon le puso el nombre de Pedro» (Marc. III—13—14—16.)

En estos textos es evidente; que habiendo Jesus impuesto à Simon el nombre de Cephas (especie de roca), que, segun S. Juan, se interpreta Pedro (S. Jn. —I—42), el Salvador *previó, predijo* que Simon seria la *Roca* entre los elegidos; pues que, tras elegir 12 para enviarlos à predicar, es decir, tras fundar su Iglesia con sus 12 Apóstoles; pasó à una segunda eleccion mas *personal*, indicando fundar en Simon la unidad del ministerio docente. Este texto bastaria à cualquiera que sepa que la palabra de Dios es esencialmente creadora; y que la luz existe, porque El *dijo*: «Haya luz.» Pero vamos adelante.

Jesus preguntaba à sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres, que es el hijo del hombre?—Y ellos à respondieron: los unos, que Juan el Bautista, los otros à que Elias, y los otros, que Jeremias, ó uno de los à Profetas—Y Jesus les dice: y vosotros, quien decis

« que soi yo?—Respondió Simon Pedro, y dijo: Tú eres
 « el Cristo, el hijo de Dios el vivo—Y respondiéndolo
 « Jesus, le dijo:—Bienaventurado eres, Simon, hijo de
 « Juan; porque no te lo reveló carne ni sangre, sino
 « mi Padre, que está en los Cielos—Y yo te digo, que
 « tú eres Pedro (roca); y sobre esta piedra edificaré mi
 « Iglesia, y las puertas del Infierno no prevalecerán
 « contra ella—Y á tí te daré las llaves del reino de los
 « cielos. Y todo lo que *ligares* sobre la tierra, ligado
 « será en los Cielos; y todo lo que *desatares* sobre la
 « tierra, será también desatado en los Cielos.» (S. Mat.
 XVI—13 al 19.)

Estos textos manifiestan: que, en virtud de la *fé*,
 con que Pedro ha sido el primero en reconocer y con-
 fesar públicamente la divinidad del Cristo, este ha ele-
 vado su prediccion á la mas formal promesa. ¡Y con
 qué solemnidad no espresa su voluntad de fundar su
 Iglesia sobre la *fé* de Pedro! ¡Yo, que soi el Verbo
 divino, que acabas de confesar, ligaré en el Cielo lo que
 TU ligués; y desligaré lo que TÚ desligués!—¡Yo el Om-
 nipotente te daré á tí las llaves del reino de los Cielos!
 TU serás la roca eterna, sobre la que, yo, el Redentor,
 sostendré mi Iglesia!

¿Será DIOS el que retracte tan solemne promesa?
 Dejémoslo creer á Gratry, del que solo hemos leído un
 trozo, en que *negando sus consecuencias, ha tenido que*
negar sus principios. Dejémoslo, decimos; y observemos,
 que todavía esa *Piedra*, sobre la que el Eterno ha pro-
 metido fundar su Iglesia, fue vista por Daniel, á través
 de 6 siglos; en esa *piedra*, que, desgajándose del mon-
 te, sin que mano humana la tocára, hizo pedazos la es-
 tátua, en que el Profeta leía la historia de los siglos
 futuros....en esa *piedra*, que, haciéndose un gran monte,
 hinchó toda la tierra (Dan. II), es pues sobre esta *pie-*
dra, que el Redentor promete fundar su Iglesia: es ese
 «Reino, que no será jamás destruido,» como Daniel lo
 dice, aquél, cuyas llaves ha prometido Dios entregar á
 Pedro; á él en particular, pues solo á él se dirige.

¿Aun más? Pues bien: La pasion del Crucifi-

cado se aproxima, y durante su última cena de Pascua se dirige el Cristo a Pedro *en particular*, y le dice: «Si-
mon, *Simon*, mira que Satanás *os* ha pedido, para
azarandearos como trigo:—Mas yo he rogado por *tú*,
que no falte *tu* fé; y TU, una vez convertido, CON-
FIRMA a tus hermanos» (S. Luc. XXII—31—32.)

He ahí, que Dios ha cumplido su promesa: pues ya no dice: *edificaré—te daré—ligaré*; sino que, despues de decirle, que *ha rogado por él* en particular, le dirige ese precepto: CONFIRMA *a tus hermanos*, con la misma voz, que llamó el Universo de la nada.

Seas quien fueres, lector.....¿quién eres, para atreverte a sostener, que la oracion del Cristo fué llevada por los vientos; y fué inútil su precepto?

¿Aun no basta? Pues adelante! Cristo ha resucitado de entre los muertos, y ántes de ascender a sentarse a la derecha del Padre, quiere poner á flote su Iglesia, cuyos eternos y misteriosos destinos comienzan. Y he aquí, que despues de haber comido con sus discípulos, la tercera vez que se manifestó a ellos: «Dice Jesus á Simon Pedro: Simon hijo de Juan, ¿me amas *mas que estos*? Le responde: *sí Señor*, tú sabes que te amo. Le dice: *apacienta mis CORDEROS*—Le dice segunda vez: Simon hijo de Juan, ¿me amas? Le responde: Si Señor, tú sabes que te amo. Le dice: *apacienta mis CORDEROS*.—Le dice tercera vez: Simon hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se entristeció, porque le habia dicho por tercera vez: ¿Me amas?, y le dijo: Señor, *tú sabes todas las cosas*: tú sabes, que te amo. Le dijo: *apacienta mis OVEJAS*» (S. Jn. XXI—15—16—17.)

¿Quién no comprende en estos textos, de un modo evidente; que en virtud del *amor* con que Pedro lo amaba mas que *todos sus discípulos*; y de la *fé*, con que Pedro lo proclama Dios, al decirle—*tú sabes todas las cosas*—confirma Jesus en Pedro el primado de honor y jurisdiccion, entregándole el cayado de Pastor supremo, con esas precisas palabras: *apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas*; es decir, a los hijos y á las ma-

eres; es decir, al rebaño de los fieles y á sus pastores?

¿Quién no lo ve de un modo evidente, á menos, que no quiera sostener, que Cristo se divertía en hacer preguntas reiteradas é inútiles, como suelen hacerlo los muchachos ociosos; ó en cambiar inútilmente de términos, como un retórico presumido?

Como la unidad de una doctrina aun sobrenatural y celeste, no puede existir entre los hombres de un modo firme, sino basada en una autoridad poderosa; el mismo Cristo, que funda la unidad con esas palabras—1.^o tú serás llamado Céfás—2.^o sobre esta piedra edificaré mi Iglesia—3.^o yo he rogado por tí, que no falte tu fé—y 4.^o apacienta mis corderos; les hace seguir inmediatamente de la palabra, que crea la autoridad, agregando á la 2.^o, a tí te daré las llaves del reino de los cielos—á la 3.^o, confirma á tus hermanos—á la 4.^o, apacienta mis ovejas.

Si es evidente que el Salvador fundó la unidad y eternidad de su doctrina en el mayor *amor* y la mayor *fé* de Pedro porque *fé* y *amor* son los dos polos, sobre los que ruedan nuestros destinos eternos; es tambien evidente é incontrovertible, que el primado concedido por Jesus á Pedro no fué solo de honor, sino de jurisdiccion. (c)

Pero la jurisdiccion, la autoridad de este Primado, sobre que descansa la unidad, perpetuidad y pureza de una doctrina, destinada á redimir todas las generaciones—ó *es nada*—ó *debe ser infalible*.

Por lo mismo no quiere el Redentor que los hombres puedan dudar de la infalibilidad del Jefe del Ministerio docente; y El que tantas veces se declara Dios en los evangelios, dice á sus discipulos—«Y yo

(c) Y este es un dogma de fé; pues el Concilio de Florencia decretó: «El Papa es el verdadero Vicario de Jesucristo, el Jefe visible de toda la Iglesia, el Padre y Doctor de todos los cristianos; y ha recibido de Jesucristo en la persona de S. Pedro plenos poderes, para apacienta, regir y gobernar la *Iglesia universal, como está manifestado en las actas de los concilios ecuménicos, y en los sagrados cánones*» (Citado en el Diccionario de derecho canónico.)

« rogaré al Padre y os dará otro consolador, para que
« more siempre con vosotros—El espíritu de la verdad,
« á quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve,
« ni lo conoce: mas vosotros lo conoceréis, porque mor-
« rará con vosotros, y estará en vosotros» (S. Ju. XIV—
16—17—18)—« Y mirad que yo estoy con vosotros todos
« los días, hasta la consumacion del siglo» (S. Mat. XXVIII
—20.)

Segun estos textos y otros, que omitimos; no se-
rán los apóstoles los que den la doctrina divina, sino
Dios mismo: no será el Papa infalible como hombre,
sinó como Ministro del Altísimo, como órgano del Verbo,
que tan solemnemente ha prometido estar con la Iglesia
germinada de su sangre, todos los días hasta la con-
sumacion de los siglos....¿Y quien es ese que se atreve
á negar la *infalibilidad* de Dios, ó á levantar contra El,
una *sacrilega acusacion de impostura*?

Es por esto, que el catolicismo cree en la infali-
bilidad del Papa, con esas condiciones: 1.^o que se halle
en el solemne y público ejercicio de su ministerio: 2.^o
Que obre entre las lindes de su divino cometido; esto
es, que ex cathedra defina el dogma, ó decreto sobre
la disciplina—como *medio esencial* de cumplir el dogma.

Es un deber preguntarnos ahora....¿Porqué los
enemigos de la infalibilidad truncan tan audazmente la
doctrina del Salvador; y solo nos citan lo que creen
serles favorable en ese texto de S. Mateo: «Se me ha
« dado toda potestad en el Cielo y en la tierra—Id
« pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en
« el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo:
« Enseñándolas á observar todas las cosas, que os he
« mandado. Y mirad, que yo estoy con vosotros todos
« los días hasta la consumacion del siglo?» (XXVIII—
48—49—20.)

Si!...Es verdad: Jesus se dirigia en esta ocasion
á todos sus Apóstoles, como nos dice un artículo de
Lima (quizá del mismo, á quien el R. P. Gual refutó
tan completamente.) Pero...¿es posible sostener con este
texto: que Jesus quiso *enmendar*, ó mas bien, *destruir* la

unidad, que habia dado á su Iglesia?—¡La Omnipotente Omniciencia deshaciendo hoy lo que ayer hizo!... Ah!.. ¿porqué olvidó el autor, que S. Pablo nos enseñó, que en Jesus no hai *si* y *no*, sino solamente *si*? (II Corint.—I—19.)

Como!.. ¡El que, á nombre de la crítica mas vulgar reclamaria de que se trunque la doctrina de un Voltaire, sin querer admitir las continuas palinodias de este y sus sectarios; cree, que Dios, la Inmutabilidad soberana, arrancó la piedra eterna, sobre la que fundó su Iglesia, para dejarla sin cimientos: que recogió las llaves, que habia concedido á Pedro, para entregarlas á.... *nadie*: que le arrebató el cayado de Pastor supremo, para dejar su ministerio sin jefe, su Iglesia sin unidad y sus altares sin fundamento! ¿Porque? *Porqué habló á todos en comun!* Que se pregunte pues á cualquier General, si, al decir á sus oficiales ó soldados reunidos: «id y combatid con esfuerzo al enemigo de la Patria;» quiere decirles: «ya no teneis jefes, romped vuestra organizacion, destruid vuestras filas, tornaos arena, y.... huid, ó sed destruidos, combatiendo entre vosotros mismos.» Que se pregunte, decimos; y luego, que se concluya; despues de comparar la omniciencia y la inmutabilidad divina, con la sabiduria y los caprichos humanos.

Para el católico, cuando el Cristo dice á sus Apóstoles reunidos: «Id pues y enseñad...»..lanza sobre la estirpe caida todos los primeros pastores, destinados à enseñarla el camino del Cielo; todo el ministerio docente: pero con la misma unidad, con la misma organizacion, que ya le habia dado.

Probado pues, que el catolicismo no pone á Dios en contradiccion consigo mismo; veamos ahora, si Pedro y los Apóstoles entendieron, del modo que nosotros lo hacemos, la unidad y jerarquía del Apostolado, tan necesaria à la invariabilidad de la doctrina, como á la pureza de su tradicion é interpretacion sucesiva.

Al hacer este estudio sobre los Evangelios y los hechos apostólicos, se ve, sin que quepa duda; que nin-

gun falso celo pretendió nunca conmovier el fundamento de la Iglesia; pues el mismo Pablo, el gran Apóstol de los gentiles, que «no vino á Jerusalem, á ver á los apóstoles,» ese Pablo, «que en la predicacion de su ministerio no se acomodaba á carne ni sangre» vino desde Damasco á Jerusalem, á ver á Pedro» (Galat. I—16—17—18.) Al recorrer los Evangelios, se ve todavía, que los Evangelistas recitan todas las circunstancias, que le aseguran su título; y que, cuando nombran á los apóstoles, ó á algunos de ellos reunidos, reconocen el primado de Pedro, nombrándolo siempre el primero, como se ve en S. Juan (XXI—2;) y en S. Lucas (VI—14;) y en S. Marcos (V—37;) y en S. Mateo, que dice: «Y los nombres de los 12 apóstoles son estos. El primero, Simon, que es llamado Pedro, y...» (X—2.)

En cuanto á Pedro, así como habia sido el primero en reconocer en Jesus al Cristo, y el mas ferviente en amarlo; ha sido tambien—el primero de los apóstoles, á quien se presentó el Resurrecto (I Corint. XV—5)—el primer conversor, que, atestiguando ó *apostolizando* su resurreccion, convirtió á 3000 de los mismos, que habian gritado *crucifige*; y principio á verificar los destinos de la Iglesia (Act. II—14 al 41); el primero, que obró un milagro, en confirmacion de la mision del Apostolado. (Act.—III—6—7.)

Pedro principia á ejercer su primacia *jurisdiccional* apenas Cristo dejó la tierra; pues, sin que ningun apóstol se le oponga «levantándose en medio de los hermanos,» convoca, preside y confirma el primer concilio (Act. I—15)—El, como Pastor de pastores, no escribe sus dos cartas á los Gálatas, Corintios, etc.; sino, la primera: «á los estrangeros, que están dispersos por el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia;» y la segunda: «á los que alcanzaron igual fé con nosotros en la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo.» mostrandose así igualmente conversor y confirmante universal.

Pero, donde confirma su jurisdicción universal de un modo mas auténtico y solemne, es en la primera

visita pastoral, que, sin oposicion alguna, practica, como el que tiene bajo su cayado á corderos y ovejas, como el encargado de *confirmar* á sus hermanos. En efecto —una vez creado el simbolo apostólico—Juan y Felipe predicán á los del Asia—Los dos Santiago á los de Jerusalem y Galilea—Andres á los Scytas—Tomas á los Partos—Bartolomé á los Indios—Simon á los Persas—Mateo á los Etiopes—Pablo á los Griegos, Galos, etc.; entre tanto que Pedro no se fija en ninguna parte; y va de Iglesia en Iglesia, «*visitando à todos*» (los cristianos,) como nos lo dice el texto santo (Act. IX—32.)

En seguida Pedro, que fué el primero, que en Jøppe comprendió la vocacion de los gentiles por medio de una vision milagrosa, reconociendo,...«que Dios «no es aceptador de personas, y que se agrada de «cualquier gente, que le teme y obra justicia» (Act. X.—34—35), avanza solo sin saco ni morral: y adelantándose á Pablo, *el Apóstol de los gentiles*, penetra en la Ciudad Rei, en esa Roma, cabeza y corazon del mundo entónces conocido; y plantea la Sede eterna del catolicismo, frente á frente del Trono de los Césares.

Pero...¿qué mas? Es Pedro el primero en reconquistar la fé y la gracia, «llorando amargamente» haber negado á su Maestro; y el primer confesor y mártir, que riega con su sangre la Sede apostólica, y abre la era de los combates.

¡De qué manera tan auténtica ejerce pues Pedro su pontificado; y de qué manera tan unànime lo reconocen los Apóstoles!..¡Y cómo, para «levantarse entre los hermanos» y ejercerlo de hecho, sin temor de responsabilidad, sin temor de equivocarse, debía estar asistido de la inmediata inspiracion del que es *Infalible!*

Y no se diga—como se ha recurrido á sostener —que la infalibilidad terminó con Pedro y los Apóstoles; porque, no bastando la infalibilidad del dogma, que, sin la infalibilidad de la interpretacion continua, seria nula; ó hai que echar en tierra la Iglesia, ó hai que admitir, que tiene de ser perpétuo el fundamento de una doctrina eterna. En efecto el ministerio del

Evangelio, que, segun S. Pablo, debe durar para siempre, no puede persistir sin ministros; ni estos sin unidad; ni esta sin autoridad; ni esta sin infalibilidad, á méuos de no tratar la doctrina del Cristo, como se trata una quimera humana.

En resúmen; Jesus, que es Dios, no abandonó al juicio subjetivo la interpretacion de su doctrina; y garantizó la universalidad y perpetuidad de su Iglesia por medio de la *infalibilidad* del primado tan auténticamente concedido á Pedro y sus sucesores; y esta *infalibilidad* por medio de la direccion del Espíritu Santo y su constante asistencia.

Y esta trasmision de la autoridad infalible es tan necesaria, que Calvino y Turriano, al reconocer su fuerza lógica, recurrieron á la impudencia, mas bien, á la locura de negar, que S. Pedro hubiese estado jamas en Roma.

III.

Probada en principio la infalibilidad papal; pasemos á estudiar en la historia, si los atributos del Papado corresponden á su ministerio: esto es, examinemos si su autoridad es—universal--perpétua--infalible.

§. 1º.—UNIVERSALIDAD, *primer atributo del Papado considerado á la luz de la historia.*

Ahora bien: mirad ese reino espiritual, que envia á todos los puntos de la tierra legiones, que, marchando con una misma disciplina, se ostentan mas poderosas que las legiones cesàreas; pues, sin mas armas, que la palabra y el ejemplo, van á buscar la barbarie en sus guaridas, y á destruirla en su propio terreno--Ved ese reino, que se dilata á las ciudades tapiadas de la China, á las mazmorras de la India, á los oasis del Africa, á las estepas del Asia, á las islas de la Oceania, á las sábanas de América: y esto, sin darse prisa, por-

que tiene delante de sí todos los siglos; sin ruido, porque no combate; persuade--Ved ese reino, que ha acrecido sus dominios en América, donde la Europa lo ha perdido casi todo, à pesar de sus poderosos ejércitos, que hoy mismo la ensangrientan, por defender su última etapa.—Ved ese reino, cuya jurisdicción espiritual, estendiéndose de polo à polo y de un meridiano al mismo, despues de rodear el mundo; comprende en su seno poderosos imperios, vastas monarquías, estensas repúblicas--Ved ese reino, cuyos súbditos hablan todas las lenguas, se encuentran en todas las naciones, y se reconocen por un mismo signo—la Cruz—Ved ese reino, en cuyo solo favor han hecho las naciones una escepcion à su necesario exclusivismo, lo que revela un perpétuo milagro; pues ningun estado puede tener prontos à obedecerle los súbditos de los otros.

¿No es ese el reino espiritual del Pontificado católico, cuya Sede se halla en Roma, à donde se ancora la fé de mas de 200.000.000 de hombres? ¿No es ese reino, à cuya preparacion concurren todos los acontecimientos antiguos, como Daniel nos lo enseña; y à cuyo sostenimiento concurren à su pesar todos los acontecimientos modernos, como nos revela la historia?

El reino del Vicario del Cristo, cuyo poderoso aliento, dilatándose desde esa Sede amasada con la sangre de los mártires, arranca el mundo ayer, hoy, mañana, todos los dias, de manos del politeismo, de la idolatria y la barbarie, corresponde pues al carácter de universalidad, que debe tener el reino de la Redencion: y se quiere que el Jefe visible de ese reino sea falible!

§. 2º.—PERPETUIDAD, *segundo atributo del Papado en el terreno de los hechos.*

Como nadie se ha atrevido hoy à negar el carácter de universalidad de este reino espiritual; pasemos à estudiar el de su perpetuidad, examinando—si sus jefes se han sucedido sin interrupciones—donde ó en qué terreno ha persistido—si es en el dominio de los

simples hechos, ó en el de las ideas—si subsiste por efecto de la prudencia de la política humana—si lo hace por haber gozado de una larga paz—circunstancias que suelen favorecer la mayor ó menor duracion de un imperio.

Creemos no ser necesario ni siquiera espresar, que Pio IX està ligado à Pedro por una cadena no interrumpida de *Papas*, cuyo solo nombre nos recuerda ya su jerarquía (d): sin que el ministerio encargado à Céphas, hace 49 siglos, haya estado sin un ministro auténtico. Es que el Papado vive hoi en el siglo de Napoleon, tan vigoroso, como cuando Pedro lo planteó en el siglo de Augusto.

Este solo hecho revela ya en el papado algo de grandioso, algo de misterioso; pues no es natural à las obras humanas. Y en efecto, que gastaríamos cuatro pliegos de papel, para hacer la lista de las dinastías, que en estos 49 siglos se elevaron sobre la sangre de las pasadas, para caer bajo el puñal de las futuras. En cuanto à las formas de gobierno, difícil es señalar donde termina ó principia en cada Nacion esa mezcla de formas, que tan fácil parece estudiar en las diminutas clasificaciones teóricas.

Pero ¿dónde, en qué terreno ha subsistido así el Papado? ¿En esa China aferrada à sus costumbres? ¿En la India, que teme moverse, por no interrumpir el sueño de Para-Brahma? ¿En Asia, que, sometida al fatalismo, apenas se mueve mecánicamente? No—El subsiste en medio de esa Europa, cuya devorante precipitacion consume tan rápidamente tronos é ideas.

Asombra encontrar à esa Sede Pontificia desafiando à los tiempos, mientras el mundo ha cambiado de faz, enteramente, al ménos tres veces: la edad antigua y la media duermen con sus instituciones, bajo el polvo de los siglos, y la moderna parece cerrarse en

(d) Papa ha nome otrosi Apostólico, que quiere tanto decir en griego, como Padre de Padres. Esto es porque todos los Obispos son llamados Padres espiritualmente: é él sobre todos; é por eso le llaman así. (Part. I—Tit. V—Lei IV.)

la revolución francesa y sus consecuencias, que lo trastornaron todo; y el Papado subsiste! Pero subsiste contra toda prevision humana; pues, creyéndolo un sistema humano, todos sus enemigos—de Celso á los Enciclopedistas—han anunciado su ruina. En efecto, ya S. Agustin escribia, ahora 14 siglos: «ellos dicen—«pronto no habrá mas cristianos, porque su tiempo ha «pasado—y yo veo morir todos los dias á los que lo «dicen»; y Voltaire que decia casi lo mismo, apenas nos parece un nombre histórico.

¿Acaso ha vivido tanto, porque, cerrado en el Santuario, ha expectado de léjos los combates de la filosofía? Nada de eso; porque léjos de vivir en solo el terreno de los hechos, donde á veces se estagnan las costumbres; ha vivido en el dominio de las ideas, en que—fuera de la doctrina, sostenida por ese Poder, que anclado en las playas de la eternidad, se ostenta siempre con su misma constitucion y disciplina—acaso no hay hombre, que entre su cuna y su sepulcro no haya visto dominar diez sistemas al ménos. ¿No hemos visto nosotros dominar sucesivamente en nuestras aulas públicas el materialismo escéptico de Holvach—el racionalismo critico de Kant—el eclecticismo de Jouffroi—el sincretismo de Cousin—el panteismo racional de Saint—Simon? ¿No se ha hecho esfuerzos por explicar la filosofía segun Proudhom, en vez de hacerlo segun Bálmes?

No es pues que ha vivido por haberse colocado fuera del combate; porque el Papado ha jugado el primer rol en esas tempestades de ideas desde Tácito á Salvador; sinó que ha vivido, á pesar de encontrarse siempre en la clave del combate, donde hoy mismo persiste.

¿Ha podido acaso subsistir, á fuerza de prudencia en sus conductores? No, sin duda, porque parece haber obrado contra todas las reglas de una prudencia puramente humana; pues, inmutable como una roca, jamas ha plegado sus dogmas á las circunstancias: jamas ha seguido el consejo de Melanchthon, que, cono-

viendo la imposibilidad de sostener nada, sin plegarla á las circunstancias, opinaba tranquilamente; que los dogmas deben variar con la civilización, los climas, las costumbres, etc.; quitando así á los dogmas con su carácter de inmutables, su carácter de divinos.

El Papado pues proclama eternos sus dogmas é implegables sus leyes—permanece inmutable sobre el vaiven de los acontecimientos—desafia tranquilo cuantas circunstancias se le oponen—y vive!

Un día es negado uno de los dogmas, que se le dieron en depósito, por ese Arrio, que inocular su error en casi todas las hordas del Norte: el Papa lo defiende, y, casi solo lanza el rayo, que muchos no escuchan en la tierra, pero que resuena en las salas eternas. Arrio y el arrianismo han pasado; y el dominio del papado se acrece—Lutero con los cañones de los príncipes alemanes, atraídos por los bienes de los Conventos, niega las indulgencias: el Papa defiende la unidad humana, con la comunidad de méritos; y pronuncia ese terrible *anatema*, que hace temblar á los ángeles, cuando el Eterno lo repite en el Cielo. Lutero y el luteranismo son hoy una añeja historia, de que no queda mas que el matrimonio de un exfrai apóstata, con una ex-monja apóstata; entre tanto que la humanidad cree en la *Redención*, que es la mas grande de las indulgencias—Enrique VIII. pretende, que el Papa conmueva el cimiento de toda moralidad, de toda sociedad—la perpetuidad eterna del matrimonio:—el Papa sabe, que al negarle, quizá toda la Inglaterra será arrastrada al cisma; y comparando la Inglaterra con el mundo, responde—«uno con una, y para siempre». —La mayor parte de Inglaterra es arrastrada al cisma, con el Obispo de Cantórbéry á la cabeza. Pero hoy convertido en polvo el cisma de ese poderoso Enrique, que escribía—«¿Que hará sin tantas Naciones la prostituta sentada sobre siete colinas»?—apenas puede enseñar los adulterios y asesinatos de su jefe; mientras el papado ha triplicado su dominio espiritual—¿Es esto humano? Nò, sin duda, y si recordáramos cuanto ha hecho la revo-

lucion francesa!—Pero pronto debemos hacerlo.

¿Por qué se perpetúa pues el Papado? ¿Es acaso á merced de una larga paz, ó á causa de los respetos de los demas poderes? No, sin duda, porque, al recordar, que, nacido al pié de una Cruz, pronto tropezó con el Circo Flavio y se enterró en las catacumbas; y al recorrer en la mente todas las persecuciones, que ha tenido que sufrir, desde los Nerón á los Garibaldi... hay que levantar manos y ojos al Cielo, en vez de querer explicar su existencia!

Se ha dicho sin embargo «que las persecuciones solo tuvieron lugar, en una época, en que Roma se descomponia por su enorme peso; y que en los tiempos subsiguientes solo ha hallado paz y respetos». Pero esta asercion es evidentemente falsa; pues así nos lo enseña la historia. Veámoslo.

El roce constante de los pueblos con la herejia armada, casi habia hecho desaparecer en el siglo XI la autoridad pontificia; y tanto, que una vieja orijinó la de los albijenses, que tan rápidamente se estendiera á todos los vientos. Los enemigos del Papado cantaron su triunfo de antemano; pero, mientras los guerreros del norte frances oponian las armas á las armas; Sto. Domingo y S. Francisco, el rosario y la porciúncula desbarataron la herejia; y la autoridad pontificia apareció rodeada del amor de los pueblos.

A principios del siglo XIV, en 1303, Felipe IV de Francia, despues de ocasionar la muerte de Bonifacio VIII, influye, armas en mano, para que se nombre Clemente V al frances Bertrand de Gouth: transportada la Silla á Aviñon, es puesta la base del gran cisma de Occidente: cuando este llega, la fé de los pueblos vacila: el apòstata Wickliffe conmueve la Inglaterra y Juan Hus y Jerónimo de Praga la Alemania. El Papado está pròximo á perecer ó á convertirse en un portallave del Poder temporal. Pero es entónces que desvanécese de repente el peligro; y Martin V. es electo.

En el siglo 16 Lutero, Zwingle, Calvino, tres apòstatas vuelven á encender el cisma, que «en Alemania

el amor del oro, y en Inglaterra el amor á las torpezas» trasportan rápidamente á grandes distancias. Pero la Iglesia depura su disciplina; y Paulo IV.—Pio V.—Gregorio XIII ciñen el cilicio bajo el hábito pontificio: La Compañía de Jesus cubre la brecha; y el protestantismo principia á descomponerse á tal extremo y con tal rapidez, que hoy el Luteranismo, el Zwiuglianismo, el Calvinismo ya no son mas que nombres históricos, mientras el Papado en todo su vigor preside un Concilio de mas de 800 obispos.

Luego los libres pensadores principian á proclamar, que el cristianismo contiene creencias contrarias á la razon humana: Voltaire, ese lógico terrible, arranca las conclusiones del sistema: *La Compañía de Jesus* descende al sepulcro, bajo el *crucifige* y las calumnias de la heregia, cubierta con la careta de la filantropía, y sostenida por los reyes mismos: la revolucion francesa, pronta á aplicar las doctrinas Volterianas, decreta en 1790 (Agosto 24) la *Constitucion civil del clero*, que es como el decreto de la persecucion neroniana: hay Obispos, que apostatan, y el clero frances se divide: los vasos sagrados son fundidos, y robada y despedazada la urna de Santa Genoveva: mientras se cree quemar el cuerpo de esta Sta. en la Plaza de Greve, la plaza de los ajusticiados, ocupa un nicho el busto de los Marat en premio de sus asesinatos: la *Diosa-Razon*, encarnada en una bailarina de teatro, recibe la adoracion en los altares: la revolucion, despues de combatir á la Europa entera, hace flamear su bandera sobre las torres del Castillo de Sto. Angelo: el Pontifice arrancado de su Sede, y arrastrado de Ciudad en Ciudad muere en Valence....

¿Ha terminado el Papado? Nó! El caos revolucionario ha pasado sobre la Europa entera, como un oraje sangriento; y lo ha trastornado todo: sinó, ved nuevos imperios—nuevas repúblicas—nuevas ligas—nuevas dinastias—otros parlamentos—otras aristocracias—otras ideas, hasta imponer el nombre de Felipe Igualdad al nieto de «El estado soy yo». Todo ha sido

trastornado; pero el Papado subsiste con su misma doctrina: pues Pio VII. fué electo en la abatida Venecia, que habia sido su enemiga: para que quede probado, que no es el hombre, sino Dios, el que sostiene su Vicariato.

Ayer mismo, los odios mas salvajes, asesinando en plaza pública un Ministro pontificio, y esto, previos carteles, obligan à Pio IX á dejar Roma: se le hace, en seguida, una guerra tan hipócrita, como feroz y encarnizada. Pero, miéntras el Papa se ocupa del dogma de la *Inmaculada Concepcion*; Garibaldi y sus sostenedores han pasado; y hoy preside Pio IX un Concilio en esa misma Ciudad, propugnada y reivindicada por todos los ejércitos de Oriente y Occidente; atacada y batida por la barbarie—la herejia—el cisma—la reforma—el filosofismo—la revolucion—y, en fin, por todas las pasiones coligadas.

¿Es esto humano? NÓ! Es el cumplimiento de esa promesa: «Sobre esta PIEDRA edificaré mi Iglesia; «y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella»; porque, si el Papado tuviese que perecer; hace siglos, que no existiria. Y ciertamente, desde la Cruz, en que Neron clavò á Pedro, hasta Gaeta y Mentana, toda su existencia es una cadena de acontecimientos, en que no habia esperanza humana; tanto que para esplicar su duracion, se recurrió à esa desacreditada frase: «ha sido sostenido por el *casual y constante conjunto de mil felices casualidades.*»

El Papado corrésponde pues al atributo de perpetuidad, que debe tener un Poder, encargado de conservar pura la doctrina redentora, ál traves de todos los tiempos; pues vive de un modo estra-humano. ¡Y se quiere que sea *falible!*

§. 3º—*Verdad historica de la infalibilidad del Papa.*

Al estudiar el carácter de indefectibilidad del papado, nos bastará evocar la autoridad de Bossuet,

que en una de sus cartas escribe:..«Así, mientras la « Iglesia sea Iglesia, *vivirá eternamente en la Sede de « de S. Pedro la pureza de la fé, del orden y la disci- « plina; con la diferencia de que la fé no recibirá ja- mas cambio alguno, entre tanto que....»*

Sorprende, en efecto, de que jamas—ni los pre- juicios de su siglo—ni las costumbres de su Corte—ni las exigencias de sus variados intereses—ni los nego- cios de su dominio temporal—ni ninguna de las pa- siones...hubiesen influido nunca en la unidad y *pureza* de la doctrina católica; hasta tal punto, que los con- tendores enemigos de buena fé lo reconocen ó callan; y solo uno ha habido, que para contestar este punto capital, ha ido á suscitar á un Papa *la HEREJIA de haber proclamado la divinidad del Cristo.*

Pero sorprende todavía mucho mas: arroba, que —bajo la vijilancia de los Papas, siempre alertas, siem- pre prontos á denunciar y combatir toda innovacion, sin consideracion alguna, ni temor de ninguna clase— la doctrina encargada á su ministerio se desbaste, es- clarezca, se concrete *tan consiguiente, tan una*, á través de tantos siglos, y en medio y á causa de tantas con- tradicciones; y esto no por adiciones sino por simples deducciones; mas bien, por simples manifestaciones de lo que ya estaba contenido en la tradicion y las Es- crituras.

Es notorio, en efecto, á cualquiera que haya leído los Evangelios, que Jesus, contando con la eter- nidad, y á fin de mostrar la potencia de su brazo por medio de instrumentos débiles, dejó su religion en gér- men. Es esta semilla que, bajo la autoridad pontificia, se va desarrollando de una manera tan consecuente, que jamás ha tenido que variar su enseñanza en un átomo, ni agregar una fibra de tamo á sus tradiciones.

¿Podria ser esplicable un prodigio tan continuo, si no fuese por la inmediata asistencia del que es Infa- lible? Sin embargo, se ha pretendido contestar la in- falibilidad papal—ya con la no acquiescencia de algunos sábios—ya con la falta de una austera moral en al-

gunos papas.

En cuanto á lo primero, queda esplicada esa falta de asentimiento á varios de los dogmas, sostenidos por el Papado, con observar la conducta moral de los sábios que les niegan su asenso. Siempre las pasiones del hombre caído serán tanto mas fuertes y vehementes en su rebelion, quanto este hombre esté dotado de mayor génio; y siendo *santos* los dogmas sostenidos por el Papado, una vez desbordadas aquellas, irán necesariamente á estrellarse contra la autoridad que los sostiene.

No repetiremos nombres, que todos conocen; pero, recordando los dos últimos patriarcas de la incredulidad —Lutero!—Calvino!, tenemos el derecho de concluir: que, siendo siempre *verdad* lo que es *santo*, queda probada la indefectibilidad de esos dogmas, y por consiguiente, la del Papado, que los ha propuesto y los sostiene,—lo mismo por los ataques de Voltaire y Renan, que por las defensas de Bossuet y Nicolas.

Confesamos con placer, que hai escepciones; pero no bastando ellas á ser la generalidad, dirémos de esos génios extraviados, que *el error es humano*. Pero es tan evidente esa generalidad de hombres depravados atacando al Papa y sus dogmas, que Fitz William prueba con 4, ó 5 historiadores, que la corrupcion general de las costumbres y el completo abandono de la justicia fueron en Inglaterra la causa y la consecuencia de la Reforma. (Y esta es cita de Nicolas.)

¿Quién no sabe, que, si Lutero atrajo á algunos hombres de buena fé, proclamando la reforma de la disciplina, solo pudo atraerse multitudes de una vida, al ménos tan dudosa como la de Bohren, mostrando á los príncipes alemanes los bienes de los Conventos, y proclamando el matrimonio clerical? ¿No escribia poco despues...N., cuyo nombre no recordamos: «esta tragedia «creo que vendrá á parar en comedia, en que, al fin, «todo el mundo se casa?»—¿Quien hai que no sienta enrojecerse su frente, y caersele el libro de las manos, si para estudiar las costumbres de la época, toma alguna de las mil *memorias* del tiempo, en que se perseguia *al*

Infame? Y cuidado que no encontraréis mas pudor, aunque elijais memorias escritas por una dama.

En cuanto al argumento de que muchos Papas han tenido costumbres relajadas, ya dijimos en otra carta: que el Papado, que ha ostentado mayor santidad, que institucion alguna, ha debido contar en su seno hombres manchados por el pecado.

Pero de este hecho, aplicado á la cuestion, creemos que debe concluirse lo contrario de lo que concluyen nuestros enemigos. En efecto, mui lógico fuera deducir la infalibilidad—de la que hai en una larga série de hombres; si, tomándolos de propósito *todos santos*, llegasen á profesar sobre tan profundas materias siempre una misma doctrina, sin jamas contradecirse unos á otros, en medio de tantos siglos; y sin dejar nunca de reconocer al punto, y de combatir sin temor alguno la innovacion mas pequeña.

Conclusion tan lógica llegaria á revestirse de una certidumbre absoluta, si mas de dos centenar y medio de hombres, tomados á mera eleccion, llegasen á sostener siempre, con la misma santidad y pureza, unas mismas verdades; y esto, sin nunca equivocarse. Pero la indefectibilidad del papado llega á ser indubitable, incontrovertible, cuando se ve, que consecuencia é inmutabilidad tan prodigiosas se realizan por hombres débiles, y aun á veces esclavizados por las pasiones.

¡Sí! Cuando se afronta, que la moralidad pervertida de un Sergio III—y la dudosa de un Alejandro Borgia no hayan podido jamas alterar la incorruptible santidad del dogma, ni innovar lo mas pequeño en esas inmutables verdades, queda uno estasiado. Y entónces se recuerda á David, débil con la de Urias, como hombre, pero infalible en su ministerio de Profeta, cuando, á través del espeso manto del tiempo, veía la agonía del Cristo, y veía su Ascension gloriosa; pues para poder escribir el himno sobre la Ascension era preciso ver! ¡Qué sencillez! qué verdad! qué colorido! qué poesia!

¡Sí! *La indefectibilidad de la ceguera misma* revela de un modo deslumbrante la omnipotencia y el

creador precepto del Cristo: «Yo *he* rogado por TI (en « particular;) y cuando seas convertido, CONFIRMA á « tus hermanos:» eso muestra con el dedo al que hizo, que Caifas, el encarnizado enemigo del Cristo, *profetice*, en el acto de tramar la muerte de este: «que solo Jesus moriria por la salvacion del género humano;» como nos lo enseña S. Juan. (XI—49—50—51.)

El Papado se ostenta pues indefectible; y lo confiesan los mismos pensadores de buena fé, que tienen nuestros contrarios; y aun el mismo Lutero, en sus «Aclaraciones á las 43 proposiciones.»

Concluamos: esos caracteres de *inmutable unidad, de universalidad, perpetuidad, é indefectibilidad* revelan en el Papado un órgano DIVINAMENTE *instituido, dilatado, perpetuado y dirigido*; y se pretende, que sea FALIBLE! Ese ministerio, cuya indefectibilidad, estension y eterna permanencia manifiestan un continuo extra-natural, un continuo milagro, se ostenta como la encarnacion del Espiritu de Verdad: y...¡se quiere que sea FALIBLE!

III.

§ 1º.—*Objeciones contra la infalibilidad del Papa.*

Preguntémonos ahora: ¿en qué razones se fundan los que niegan la infalibilidad de los Papas? Clasi-ficándolos para estudiar sus razones—unos dicen, que aun no es tiempo de declararla dogma. (e) —Otros, que el infalible es el Concilio—Estos que el infalible es el consentimiento uniforme de todos los Obispos—Aquellos, en fin, que no hai hombre infalible, ni infalibilidad sobre la tierra.

En cuanto á los que creen que es infalible el Concilio, están de acuerdo con los católicos que tambien lo creemos infalible, con S. Agustin, cuando no se

(e) No debemos ocuparnos en este escrito de los de esta serie: pero indicaremos: que «siempre es tiempo de decir la verdad.

separa de su cabeza, que es el Papa; pues, si se separase, quedaria muerto, como un tronco privado de la cabeza.

Pero el desacuerdo principia, cuando llegan á sostener, que el Concilio es el único infalible, porque es superior al Papa; opinion de superioridad, que solo nació á principios del siglo XV., del célebre Gerson (à quien profesamos sumo respeto; y ¿quien no respetará al Autor de la *Josiada* y la *Imitacion*?)

Los que sostienen pues la infalibilidad esclusiva del Concilio, á mas de sostener una cuestion ociosa, porque es imposible un Concilio ecuménico sin Papa, tienen que poner en *contradiccion* la doctrina del Omniciente. Y en verdad, se ven obligados á oponer á esos textos: «Sobre tí edificaré mi Iglesia»—«Confirma á tus hermanos»—«Apacienta mis ovejas» y demas, que hemos citado—estos otros de S. Mateo (XVIII—19—20.) «Digoos tambien, que, si dos de vosotros se con-
«vinieren sobre la tierra; toda cosa que pidieren, les
«será hecha por mi Padre, que está en los cielos—
«Porque, donde están dos ó tres congregados en mi
«nombre, allí estoi en medio de ellos.»

De este modo, para declarar al Concilio exclusivamente infalible, tienen que principiar por decidir, que el CRISTO es *contradictorio* y FALIBLE!

Los católicos no procedemos así; y aun rechazando la interpretacion que dá el Conde de Maistre sobre estos textos de S. Mateo, al aplicarlos á lo meritorio de las oraciones en comun, (interpretacion, que es mui razonable, y no esta prohibida;) creemos infalibles á los Concilios, cuando no se ponen en contradiccion con el Papa; y no encontramos *contradicciones* en el Verbo divino.

Aplicando la opinion contraria al terreno de la práctica, resulta todavia de un modo evidente su futilidad insostenible. En efecto: un Concilio infalible por no estar en contradiccion con el Papa, declara un *dogma*: pero la *infalibilidad* de este dogma resultará inútil, por la *falibilidad* de sus interpretaciones, siempre que

no exista, para interpretarla, una otra autoridad perpétua é *infalible*...¿En quien residirá esta autoridad?.....

¿Qué han hecho los protestantes—de la infalibilidad de la Biblia y los Concilios, por falta de esta autoridad infalible? Han opuesto infalibilidades á infalibilidades! Pero, sin querer verlo, un Obispo de Oriente....N., cuya carta hemos leído trascrita, nos dice: « discutid, cuantas veces queráis vosotros, los Occidentales: nosotros tenemos los dogmas de los antiguos concilios.» (f)

Vuestras mil maneras de entenderlos—se le podría contestar—evidencian, que una vez declarado un dogma, necesitáis todavía, de una autoridad, que, uniformando en la verdad su interpretación, vele por la integridad de ese dogma; autoridad, que debe ser infalible, por lo mismo, que confesáis infalible el dogma: porque *lo infalible* no puede ser interpretado con verdad sino por otro *infalible*...¿Cuál será pues esa autoridad? O teneis que decir el Papa; ó teneis que decir *yo*, cayendo de este modo en el *libre exámen*.

Los que creen infalibles á los Concilios, no pueden tener el derecho de contestarles en cuanto á la infalibilidad pontificia, tan claramente indicada y reconocida, si bien no fallada; porque esto seria creerlos y no creerlos infalibles. Ya hemos copiado la doctrina del de Florencia en la nota c; y he aquí la del de Calcedonia, que dice del Papa «*qui est petra et crepido catholicæ Ecclesiæ, et RECTÆ FIDEI FUNDAMENTUM.*

(f) Este obispo se queja de que el Papa no hubiese reconocido oficialmente *iguales á las verdades católicas* las verdades contra verdades del cisma y la heregia; y esto empleando un medio *imposible*; pues pretende que Pio IX debió *invitar* á los jefes de cada una de esas mil comuniones. Pero salta á la vista, que, aun cuando en cierto dia fuese posible conocerlas todas despues de largo estudio y largos viajes; llegaria á ser inútil el catálogo, que se hiciere; porque, mientras se haga, muchas comuniones, al disolverse, habrian convertido sus templos en Teatros ó Salas de esgrima; y otros muchos salones de café se habrian convertido en templos de nuevas comuniones. Mui frecuentemente los periódicos de esos paises anuncian la venta de un templo, entre la de una alqueria y la de un molino.

Para no citar todavía á todos los Concilios, que para *infallibilizar* sus decretos han pedido la aprobacion pontificia, solo recordaremos el de Trento, que todos tienen á mano, y que en la última sesion pide la confirmacion del Papa (*confirma á tus hermanos.*) Verdad es, que el Conciliábulo de Pistoya—el Latrocinio de Efeso, que aun lanzó anatema contra S. Leon, y los llamados concilios de los Arrianos, Novacianos, etc., no han pedido aprobacion semejante; pero esta no peticion de tales reuniones corrobora la creencia de los verdaderos Concilios.

Que esta clase de contendores crean, en fin, á los Santos entre los que, de 400 solo citaremos dos, que creemos bastantes: S. Optato de Milevi dice, que « Pedro mereció ser preferido á todos los apóstoles; y « recibió solo las llaves del reino de los Cielos, para « comunicarl^{as} á los demas » (*communicandas cæteris SOLUS accepit.* Y S. Agustín, que, despues que 4 concilios habian condenado el pelagianismo, decia: « aun no está evidentemente separado de la Iglesia » (*nondum EVIDENTER;*) al recibir la bula pontificia, que los confirmaba, aseverò, que era causa acabada: (*Inde rescripta venerunt; causa finita est.*)

Los que sostienen, que solo la unanimidad de todos los Obispos es infalible, no es atinable saber lo que responderian á esa cuestion:—*¿son pues indefectibles los Obispos?* Si se dijese que *nó*; resulta imposible demostrar, que llegue á ser infalible la reunion de muchas *falibilidades*; y mucho mas, cuando la diferencia de la infalibilidad y la falibilidad, no es simplemente de grado, sino de género.

Si se dijese que *sí*; seria fácil probarles, que muchas sedes episcopales han desaparecido, cayendo por ejemplo, en poder de la Media Luna; y que esta no perpetuidad arguye su no infalibilidad. Y lo que es peor, seria fácil demostrarles, que muchos Obispos han hereticado ó cismatizado; y que estas caidas, dadas precisamente en el mas solemne ejercicio de su ministerio, prueban superabundantemente su falibilidad. ¿Y qué?.,

¿No negaron Macedonio y Nestorio, Patriarcas de Constantinopla, aquel la divinidad del Espíritu Santo, y este la union hipostática del Verbo con el hombre? ¿El monosofitismo y el iconoclasmo no son hijos aquel de Dióscoro, P. de Constantinopla; y este de Constantino, Obispo de Frigia? ¡Los infalibles hereticando!

Pero aun reponen, que solo llegan á ser infalibles cuando todos concurren en una misma doctrina; opinion que concede la infalibilidad á una mera abstraccion, y todavia *irrealizable*. Supóngase, sino, un caso de cisma: no dejará de haber Obispos, que lo sigan, como mil veces se ha visto; y como ántes de ser declarados cismáticos, deben conservar su voto, la unanimidad llegará á ser imposible, porque es contradictoria, es absurda.

¿Quien seria pues el que convocase á los demas Obispos, y escluyese del concilio á los novadores, acusándolos de cisma ó heregía? ¿El Papa?...Pues reconoce su primado de *jurisdiccion*. Pero ¿quien condenaria la heregía? *Nadie* para nuestros contendores; porque la *unanimidad* permanecia imposible, á ménos que los novadores quieran condenarse á ellos mismos.

Si, para zafar de la cuestion, se dijese, que los cismáticos no deberian votar; á la misma respuesta... ¿quien los designaba? Y para acabar de quitar el velo al sistema...¿en qué quedaria entonces la pomposa frase, de que *solo es infalible la unanimidad de TODOS los Obispos*? Donde está ahora ese—TODOS—?

Ah!...tan sospechosa es la opinion de un Obispo, cuando se separa de las doctrinas del Papado, que casi siempre es un cisma, que revela las pasiones del hombre, bajo el vestido de un Obispo.

Pero, como el cisma nace siempre de un error, sostenido por una pasion cualquiera; quizá los Obispos de Austria y Hungría solo vuelan á votar contra la infalibilidad pontificia, como pomposamente se nos anuncia, porque, esperando que el Austria domine la Italia entera, aun tascan el freno de Magenta y Solferino; sin poder sufrir el pendon frances en la ciudad de Roma.

Quizá Gratry y los que lo sostienen, aun sueñan con las *libertades galicanas*, mientras tienen la vista en Aviñon, sin poder sufrir, que ese pensamiento inmutable y eterno pese á plomo sobre la variante historia del galicanismo. (g)

Quizá no será así: pero su personal nos obliga á hacer estas suposiciones, para explicarnos su conducta.

En resumen; ya que los de esta especie conceden la infalibilidad á la unanimidad de opiniones de todos los Obispos; que no los contradigan en cuanto á la infalibilidad papal; pues saben, sin duda, que ningun Obispo ha creído corrientes en el Derecho los cánones

(g) Las llamadas *libertades galicanas*, creo que se reducen hoy: 1.º á poder opinar, que el *poder temporal es independiente*, opinion que es *universal* y no *galicana*; y si se atiende al origen, es *romana*; pues son los Papas los que principian á sostener la reciproca independencia en sus esferas, y el reciproco apoyo, que se deben ambos poderes—2.º á poder opinar, que es *reformable el juicio del Papa*, lo que se lee en el art. 4.º de la «*Declaracion del Clero de Francia*» de 1864, redactada por Colbert, segun confesion del Obispo de Meaux, hecha al Abate Ledien. Mr. Gratry ha visto sin duda, que esta opinion, arrancada por la suspicacia de un Luis XIV, tiene su raiz en la opinion de Gerson, pues la tradicion de la irreformabilidad de los decretos pontificios es constante para la Francia hasta el *gran cisma de Occidente*: tanto que el Concilio de Reims separaba de la Iglesia á los asesinos de Foulques en nómine Domini....et....*auctoritate episcopis per B. Petrum, principem apostolorum, divinitus collata*» (Citado en el Diccionario de derecho canónico.)

¿Porqué viene á sostener entónces con tanto calor esa opinion, cuando sus mismos signatarios escribian al Papa en carta de 4 de Setiembre de 1693: que no tienen, ni quieren que se tenga por decreto su declaracion (pro non decreto habemus, et habendum declaramus)? ¿Porqué la sostiene, si sus mismos signatarios confiesan en dicha carta, que suscribieron la Declaracion *solo por conservar la paz, y MERECEER LAS BONDADES DE LUIS XIV?* ¿No es evidente, que las tales *libertades galicanas* incluyen en si el principio de la famosa *Constitucion civil del Clero* de 1790, que á tantos Obispos hizo apostatar, y á tantos otros llevó al martirio?

¿Si al ménos se pensara, en que las tales *libertades* estan siempre prontas á producir como produjeron entónces, la *servidumbre* de la Iglesia francesa; viniendo como vienen de los que solo deseaban conservar la paz, y *merecer las bondades de Luis XIV!*

conciliaros, ántes de la confirmacion pontificia.

Pero nó: léjos de esto; despues de confesar mas de 900 infalibles, que desaparecen y apostatan y se contradicen, por no confesar uno, que es perpétuo é *indefectible*; tienen que ir siempre á terminar por esa asercion: «*el único infalible soi yo.*» He ahí, en prueba, al articulista de Lima, que, echando en cara á los Obispos, *cuyos derechos defendiera*, el haber ido á *abdicarlos humildemente*; y esto en tan solemnes momentos, y para pedir al Gobierno, que corte el nudo gordiano....he ahí, decimos, á ese articulista, que quita su infalibilidad á los Obispos particular y colectivamente, en y fuera del Concilio; para quedar el solo infalible; y condenar Papas, Obispos y Concilios!...¡O estravios de la inteligencia!...¡O lógica fatal de los errores!

Los adversarios mas decididos de la infalibilidad proponen este entimema: «*Todo hombre es falible; luego el Papa lo es.*» Pero la mayor de semejante racionio es evidentemente *falsa*, pues ha habido hombres infalibles en el ejercicio de su ministerio, y que son creidos y declarados tales por la humanidad entera, incluso nuestros adversarios. Y si no...¿Fué falible Moisés en el cumplimiento de su ministerio?...¿Lo fué David, cuando á través de los siglos nos historiaba la agonía del Redentor? ¿Lo fué Isaías, cuando lo veía concebirse en el seno de la Virgen? ¿Lo fué Daniel, cuando en dos rasgos nos trazaba la historia futura, mejor de lo que hoy podemos hacerlo? ¿Hai, en fin, uno solo, incluso protestantes, judíos é islamitas, que no crea inspirados, es decir, escritos por *hombres infalibles* los libros de los Profetas; ó hai un solo cristiano, católico, protestante, ó cismático, que hai no crea lo mismo de los Evangelios? Nó; no hai uno solo, porque sus verdades permanecen incólumes; entre tanto que muchas de las proclamadas verdades por los sabios de la Enciclopedia han sido declaradas falsedades por la ciencia. Y tanto, que algun niño, que haya cursado el tercer año de nuestra Instruccion Secundaria, al leer sus largas carcajadas—sobre los pocos años que el hombre habita la tierra—

sobre la luz creada ántes que el sol—etc.—se veria obligado á negarles su título de sábios.

El raciocinio de analogía, que nos oponen, debería ser pues el siguiente:—Todo hombre es falible: pero son *infalibles* los que ejercen ciertos ministerios divinos, cuando están en el ejercicio del suyo;—es así que el Papa ejerce el ministerio divino de—*confirmar á sus hermanos—de apacentar, regir, aunar fieles y prelados*—etc.—: luego es... Conclúyase.

Nótese, que al basar la razon de analogía, que se nos opone, en una premisa falsa à todas luces, se ha tambien olvidado las condiciones que estos raciocinios deben tener, para dar conclusiones lejitimas. Estas son—*Que se conozca exactamente el hecho cuestionado, y cuanto pueda ligarse á su naturaleza;* y no está probado, que la humanidad conozca *todas* las leyes de la naturaleza: y de tal manera que *«solo sé, que nada sé»* son la primera y última palabra de la filosofia; rayando en demencia querer asegurar, que las leyes de la naturaleza dejen de existir mas allá del límite de nuestras exiguas comprensiones—*Que este hecho no se verifique en un orden de circunstancias totalmente diferentes de aquellas en que nos encontramos;* y es improbable, aun mas, es improponible, que nuestros contendores se hayan estudiado á si mismos en *estado de ser infalibles*.

La analogía contraria, queriendo someter al exámen del simple raciocinio humano las verdades religiosas, que deben ser divinas ó no ser nada, trastorna ademas la base fundamental de todo estudio filosófico—*estudiar toda verdad con la facultad á que corresponde.* Y en verdad, los mismos, que sujetan al raciocinio finito las verdades infinitas, se sonreirian, si algun loco se empeñase en no creer en los sonidos, miéntras no verlos con sus ojos.

A pesar de estas faltas, la analogía contraria prueba contra los que se sirven de ella. ¿No es pues efectivamente ilógico, que se nos diga: *«Yo, que soi esencialmente FALIBLE, declaro definitivamente FALIBLE al Papa, à causa y a nombre de mi FALIBILIDAD*

misma? Decimos ilógico, porque, según lo probado por Hume, *no se puede concluir de un hecho sujeto a la experiencia, a otro, que no lo está;* y se debe asegurar sin temor, que nadie experimenta inmediatamente más espíritu que el suyo propio.

Fuera de esta prueba: si se principia por confesar esa verdad—*soi fallible*—si se reconoce, que lo que ahora llamamos natural es lo propio de una existencia caída—si se conviene en que no conocemos la amplitud de la inteligencia, tal como salió de las manos de su Creador; no se puede tener derecho en esta materia sino á concluir: que es *verosímil*, es decir, que *parece semejante a la verdad*, que el Papa sea falible.

Y no se diga, que nosotros tampoco podemos afirmar otra cosa, porque—1.º Nunca puede dar más que una probabilidad el juicio, que se apoya en motivos insuficientes; y nuestros contradictores confiesan esta insuficiencia de motivos, con ese absoluto—*soi fallible*—2.º Porque nosotros, partiendo de esa verdad primitiva é indemostrable—el sentido interno es un motivo de certeza infalible—, nos damos con la fé el derecho de afirmar. Y en esta materia, fijando la infalibilidad pontificia en la *Infalibilidad misma*, en quien creemos, podemos decir—*es*—á boca llena.

Si pues ellos no tienen derecho sino á decir—*me parece*, lo que se traduce por un *quizá*; nosotros tenemos el de convertir ese *quizá* en un—*es infalible*, al compulsar las pruebas, que hemos aducido; y de las que nos basta ahora recordar esa: Cristo es Dios, y fundando una religión *infalible*, debe conservarla por medio de un órgano *infalible*.

He aquí, sin embargo, que al tomar nota del *me parece* contrario, se nos repite: No puedo comprender, como el Papa sea infalible; y mi «inteligencia rechaza « la *fé ciega*, en que se han constituido los discípulos « del ultramontanismo» (Gregoire.)

Pero esta orgullosa disculpa, léjos de probar, que no se deba creer; solo prueba, que la mente humana está muy abajo de la razón divina. Es cierto; nuestra

fe cristiana es la creencia en la palabra de otro: Mas, este otro es el órgano de Aquel, que no puede enjauñarse, ni enjañarnos; y cuya asistencia perpétua al Papado está tan solemnemente prometida por El mismo. Tal fé no es pues ciega; y léjos de contener los vuelos de la inteligencia, les da tal empuje, que de las verdades encerradas en un pequeño catecismo, se eleva á las inmensas alturas de la—*Summa—La Imitacion—Las Elevaciones sobre los misterios—Los Estudios filosoficos sobre el Cristianismo!* Tal fé no es pues ciega; y un poco de diferencia en esa fé pone entre dos genios la diferencia que halláis entre el Dios nebuloso de La Martine y ese Dios verdaderamente..Dios de Chateaubriand.

¡No podia comprender la infalibilidad pontificia!
 ¡Y bien!..¿qué habria querido ser Gregoire, que quizá por no perder las rentas de un *Obispado departamental*, pretendia sostener á todo trance la *Iglesia constitucional* de la revolucion francesa, con el arma de las *libertades galicanas?*—¿Protestante? Pues debia creer y no creer en la Encarnacion del Verbo, sin creer y no creer en la presencia real del Cristo.—¿Revolucionario maratista? Pues debia creer, que su *diosa-razon* estaba siempre por y contra ella.—¿Deista? Pues debia creer en un dios vago, ocioso, improvidente, y mutilado en su omnipotencia; pues tuvo que esperar, que le den una materia ya creada.—¿Ateo? Pues debia creer, que la nada se creó universo.

Mui racional debe ser la infalibilidad pontificia, cuando no pueden comprenderla los que *comprenden* tales contradicciones. Pero Gregoire, y otros con él rechazan nuestra fé *ciega*, para no tener ya nada que creer, mas que esa palabra *casualidad*, que tambien es *ciega*. Si para hacerlo, se cubren con los nombres de algunos génios; recuerden, que creyentes fueron Bacon, Keppler, Descartes, Pellisson, Bossuet, Malebranche, Newton, Leibnitz, Euler, Bonnet, Clarke y otros mil, tan grandes como estos: recuerden, que hoy mismo los contamos á centenas, entre los que solo elegiremos dos, de las dos grandes ramas del Cristianismo—Chateau-

briand—Guizot, que ha levantado el estandarte contra los no-creyentes.

Muchos aun sonrien de estos nombres; y nos exigen *esplicamos de qué manera, o como un hombre puede ser infalible.*

Pero nosotros los católicos confesamos, que no podemos, y no osamos nunca esplicarnos el *modo*, el *cómo* de esas grandes verdades, que son insondables, como todo lo que toca al Infinito; si bien nos esplicamos la *razon*, el *porqué* de ellas, y las sorprendemos en sus efectos; pues esta clase de pruebas y sus efectos caen bajo el dominio de la razon humana. Es que para nosotros esta, como otras, es una verdad, que está en Dios, y por encima de nuestras inteligencias finitas.

Antes de lanzar la carcajada sobre esta *fé ciega*, es preciso recordar, que un abismo ilimitado separa lo que está por encima de la razon, de lo que está contra ella: una verdad está *por encima de la razon*, cuando la mente humana, encontrándola análoga á sus grandes leyes, no puede sin embargo comprenderla, abrazarla, examinarla en toda su estension, y cada una de todas sus partes: (tal será la infalibilidad pontificia, tales los milagros): y está *contra la razon*, cuando perturba, invierte sus grandes leyes, y contradice, y desbarata las verdades absolutamente ciertas y necesarias: (tales serán—Comprendo y esplico el *cómo* de la *falibilidad divina*, porque soi un hombre falible—la nada se creó universo.)

Para que nuestros contrarios puedan exigirnos el *modo* de la infalibilidad pontificia, deberian pues esplicarnos previamente—*como* es que sus ojos leen—*cómo* y con qué palanca sus almas doblan el brazo y los dedos, para presentarles esta hoja—*como* el espíritu puede obrar sobre la materia, y está sobre el espíritu. Si pues, ignorando el *cómo*, creen y saben, que tienen esta hoja y la leen, es tambien necesario que confiesen, que la razon humana, no siendo omnipotente, no debe aspirar á la omniciencia, y que, una vez probada la divinidad del Cristianismo, es *racional* creer cuanto él enseña.

Conocen nuestras razones; y no es posible, que

las rechacen, ántes de probar con medios humanos el establecimiento—la universalidad—la perpetuidad, la indefectibilidad del Papado. No es posible que destruyan nuestras razones, sin contradecir—las leyes de la intelijencia humana—la divinidad del Cristo—los textos, que llevamos citados: ni exigirnos, en fin, el como de la infalibilidad pontificia, ántes de probar, que somos Dios; porque solo Dios puede comprender à Dios, y los medios de sus operaciones divinas.

§. 2.º—¿El dogma de la infalibilidad del Papa se opone á la civilizacion? á las luces? á la libertad?

Discutidas las razones de los adversarios; examinemos todavía sus temores. Estos se hallan indicados en un artículo de Lima, que, tras aconsejar á los de Lampa—adoren à Dios *en espíritu y verdad*, sobre los cerros—(lo que sin duda cree posible hacerlo, despues de rebelarse contra el Pastor, que Dios les die-ra), incita al Gobierno à romper el nudo gordiano, para no tener que proscribir las conquistas de la civilizacion—las luces—la libertad, porque tales son las tendencias del *conciliábulo del Vaticano* (el lo dice] *con la infalibilidad, la divinizacion del Papa*.

No teniendo sentido para nosotros esa frase—*divinizacion del Papa*—escrita, sin duda, por la precipitacion con que tambien se han reunido esas palabras—*conciliábulo y Vaticano*, que mutuamente se escluyen....¿será cierto, que, declarada dogmáticamente la infalibilidad pontificia, van à desaparecer las conquistas de la civilizacion? Si por civilizacion se entiende—la mayor estension posible de las comodidades y conveniencias lejitimas; la mayor irradiacion posible de las luces, la libertad, la justicia; en fin, el mejor cumplimiento de todos los deberes; y la mayor suma de medios ofrecidos al hombre para cumplirlos....salta á la vista, que es el cristianismo el que la ha producido y sostenido *por medio del Papado*.

Para probarlo, echemos una ojeada á lo que

habia llegado á ser la llamada civilizacion pagana, en su mayor altura.

Cuando los hombres dejaron de seguir las doctrinas paternas (y aquí invocamos el testimonio de Diodoro de Sicilia), es decir, cuando el racionalismo antiguo minó mas y mas las verdades de la revelacion primitiva, desbordáronse las pasiones; y su algazara hizo olvidar á Dios, de tal manera, que los hombres se modelaron por las personificaciones—de la soberbia—de la crueldad—de la venganza—de la beodez—del robo—de la lujuria—del adulterio—del incesto—del asesinato bajo todas sus formas—que por *dioses* habian colocado en sus Cielos. De ahí la humanidad dividida en amos y esclavos, los premios concedidos al robo, los torpes misterios de Baco, de Vénus, de la Gran-Madre. De ahí la moralidad de esa Biblos, donde las mujeres, para rescatar sus cabellos no cortados en el duelo de Adónis, tenian que donarse á los extranjeros públicamente, y por todo un dia: la de esa Corinto, cuyo templo era inmensamente rico con los productos del vergonzoso tráfico de mas de mil meretrices, consagradas á Vénus; la de esa Roma, donde las *matronas* tenian que asesinar á sus propios sobrinos, porque no sean reveladas las impudicias de sus misterios religiosos. De ahí esas impías peticiones: «*Diosa de Pafos, concédeme ser....*» pero es imposible escribir tanta infamia, digna solo de aquellos, que, como dice Séneca «murmuraban á los oidos de los dioses lo mismo, que se habrian avergonzado de repetir ante los hombres». De ahí ese Caton, el *Reformador de las costumbres romanas*, justificando con su conducta, que «la mujer no es necesaria á las pasiones amorosas». De ahí el estado de cosa de la mujer, que rechazará su desgracia con el arma del crimen, el adulterio marital, el infanticidio. De ahí la condenacion á muerte de los que iban á lugares secretos con un anillo, que tuviese el busto de un Emperador; miéntras solo debian pagar una leve multa los que públicamente blas-

femasen de los dioses. De ahí...¿pero à qué mas recuerdos?

¡Qué depravacion! Qué noche! Y, sin embargo, esta fuè la gran civilizacion pagana del siglo de Augusto: y esta, y aun peor, la civilizacion pagana de este siglo 19; pues...¿quién escribiria los misterios de los harens?

¿Quien arrancó pues la humanidad à tan abyecto estado, abriendo à su corazon esperanzas celestiales, é iluminando su mente con las verdades mas positivas sobre Dios, el hombre, y sus mútuas relaciones? ¿Quién fijó su moralidad, sobre el amor, entre la inmortalidad del alma y el Juez futuro? ¿Quién con la fè de la Cruz implantó sobre las falsas virtudes del paganismo —el amor de Dios—el amor del prójimo—la dulzura—la paciencia—la humildad—la resignacion—el valor—la inocencia—la bondad—la caridad—la justicia—la castidad hasta en los pensamientos—la penitencia, esa resurreccion voluntaria al estado inocente? ¿Quién derramò, é hizo aceptar à los súbditos de los césares y à los bárbaros las ideas de igualdad—libertad—fraternidad—deberes—sacrificio, y en fin todo lo que hay de bueno en nuestra civilizacion moderna? ¿Quién?—Solo el Cristianismo!

Pero...¿por qué medio implantó; y por qué medio ha conservado hasta hoy dia esas sublimes virtudes y fecundas ideas, tan desconocidas al siglo de Augusto, que sus filósofos las llamaron demencia, necedad, locura? Por medio del Papado; porque, sin su autoridad, sin la indefectibilidad, con que ha denunciado todos los errores, que se oponian à su doctrina; y sin la infalibilidad, con que ha confundido tantos cismas y herejias; bien pronto las habria arrojado de la mente humana ese mismo racionalismo, que ya otra vez las habia desterrado de la Tierra. Si pues el espíritu humano, cuya esencia permanece la misma, puede hoy no solo conservarlas, sino difundirlas; cuando ántes de Cristo no pudo ni conservarlas siquiera; es que hoy puede ancorarse à una autoridad infalible, que à su

vez se ancora en la Infalibilidad divina.

Quitada esta Autoridad infalible, que sola ha conservado todas estas ideas; defendiendo *sin temor de equivocarse*—desde el pudor y la monogamia, que defendió contra los Adamitas; hasta la santidad del matrimonio, que defendió contra Enrique VIII—desde la propiedad, que defendió contra los Muntzistas; hasta las artes que defendió contra el Isauro, los Copronimos y los ingleses del siglo 17—desde la libertad y los méritos del hombre, que defendió contra Zwingle; hasta la comunión con los santos y la santidad del sacerdocio, que defendió contra el Protestantismo—desde el deber, que ha defendido contra los Saint-Simonistas; hasta la idea de un Dios, que ha defendido contra los prudhonianos...quitada esta autoridad infalible, decimos, pronto volveríamos los hijos al siglo de Augusto, al que llegaron nuestros padres. ¿No principió pues Voltaire à contarnos, que los Indios adoraban al *Ioni*, porque en su castidad les era imposible creer, que el símbolo de la fecundacion fuese torpe ó impuro? ¿No aconseja Fourier los dormitorios? ¿Y no han proscrito ayer familia, crédito, leyes, gobiernos, papas, Dios, los que hoy se burlan de la infalibilidad pontificia? ¿Que no lo olviden los que pretenden fundar una sociedad sin religion, ni autoridad religiosa!

En cuanto á las luces, (h) siglos hace, que se nos gritó hasta el hastio, que su progreso mataría al catolicismo, y todavia se nos repite bajo el velo de serios temores, sin advertir que esa grito surgió de los que *supieron sacudirse de la rutinera ignorancia* de los Bacon, Descartes, Malebranche, en filosofía—de los Sadalet y Leon X, en teología y elocuencia—de los Sannazaro, Vida, Ariosto, en poesía—de los Accolti (Benito), Guichardini en historiografía—de este, Bem-

[h] Sin duda, que luces y libertad son elementos de la civilizacion: pero, como nuestros contendores los separan, tenemos que seguirlos en sus rutas.

bo, Macchiavelli en política—de Accolti [Francisco], en jurisprudencia—de Miguel Angel, en escultura—de este, Chirlandango, Romano, en arquitectura—de Vinci, Maxaccio, Rafael, en pintura; y esto recordando solo á algunos del siglo de Leon X: que, á recordarlos todos, en compañía de los sabios y artistas anteriores, seriamos cegados por tantas luces y esplendores.

Sin duda: «hoy vemos, que manda el hombre, y los elementos vuelan á cumplir sus órdenes». Pero, fuera de que esto no basta para crear una civilizacion; las raices de tanto progreso están mas léjos. Sin Bacon, sin Newton, sin el Papado que defendió las artes, quizá el vapor no nos asombrara; y sin las Bibliotecas y Universidades fundadas, antes que por nadie, por los Papas y los conventuales, quizá yaciéramos en las tinieblas—¿Pues qué es ahora de la Etiopia y del Ejipto? ¿Dónde ha parado en su descenso la orgullosa China?

Mirad: el siglo de las ciencias y las artes aun no ha creado un *Vaticano*, un *San Pedro*, una *Capilla Sixtina*; aun no ha producido una *Transfiguracion*, ni una *Madona* de Rafael; pero ni un boceto de Maxaccio. ¿Por qué? Porque á titulo de *renacimiento* se quiso un dia, que los pinceles, que, segun nuestra civilizacion, producian esos severos *S. Jerónimo*, esos *Jesus en el Huerto*, esas Virgenes púdicas, esos ángeles transparentes, esos querubines aéreos; creasen las *Vénus desnuda* de Praxitéles, solo para hacerlas «impúdicamente descubiertas». ¡Y qué camino el que esta infame grangeria ha hecho con los cuadros fotográficos!

Las luces! No tienen razon para temer por ellas, porque es en las obras de S. Anselmo, S. Bernardo, S. Buenaventura, Sto. Tomas de Aquino, donde la razon ha ostentado todo su poderio; y...¡qué torrentes de luz ha producido el catolicismo desde S. Pablo á S. Agustín; de este á Bossuet; de este á Nicolas!

Preciso es pues á la buena fé confesar, que los

católicos, bajo la vijilancia pontificia, no hemos podido olvidar: que la filosofía es *la aplicación de las fuerzas de la inteligencia al conocimiento de las verdades, para mejor cumplir los deberes*; proclamando así, que toda instruccion debe ser un medio de mejoramiento humano. ¿En qué se ha convertido, entre tanto, esa que se llama filosofía, y que, rompiendo con el Papado, *camina sin trabas?*—*En el amor de la ciencia*—**EL ARTE DE BUSCAR LA VERDAD**—«sin jamas encontrarla,» como agrega S. Bernardo. ¿Qué puede producir esta ciencia sin objeto?

Protestando acatar, como acatamos la filosofía legitima; nos es preciso decir, que nos espantan las conclusiones de la llamada *sincretismo*—«La falsedad es la forma histórica de la verdad»—«Los resultados son la prueba de la bondad»—«La belleza es simplemente la armonía».

Concluyamos esta parte con Mr. Macauley, citado por Nicolas: «es increíble (que las luces aniquilen el catolicismo), cuando vemos, que los inmensos progresos, que la humanidad ha hecho en ciencias naturales, en política, en legislación, en gobernacion, han producido un efecto contrario.»

Permítasenos agregar, que tal debió ser el resultado. Efectivamente: toda nuestra especie tiende á mejorarse, destruyendo ese *dualismo*, ese antagonismo interior que nos aqueja: toda ella busca el medio de no tener, que repetirse cada dia, bajo el flagelo de los remordimientos, ese amargo: «*Vide meliora proboque, DETERIORA sequor*» del poeta; porque comprende, que no puede ser obra del Omnisciente el desacuerdo que existe entre nuestro deber y nuestras inclinaciones. Pero al elegir los medios, se divide en dos campamentos.

Los *racionalistas en religion*, desde el protestantismo hasta el fetiquismo y el ateismo, proclamando con Saint-Simon y Fourier, que nuestras inclinaciones son siempre legítimas, y que los que están desordenados son los que hoy creemos nuestros deberes; quieren des-

truir ese antagonismo, sometiendo nuestros deberes á las pasiones: esto es, quieren acordar la pasión y el deber por medio del libertinaje, que llaman libertad; y por medio del crimen sin remordimientos siquiera, que llaman virtud y grandeza de alma.

Los católicos, proclamando con el Papado, que nuestras pasiones fueron desordenadas por la prevaricación primitiva; y que nuestros deberes son las leyes de la Santa y Omnisciente Voluntad del Tres—veces—Santo, que persisten en nosotros, mas ó menos veladas por el vapor de las pasiones, tendemos á vencer en la lid, sometiendo al deber nuestras inclinaciones: esto es, procuramos no acordar la pasión y el deber sinó destruir las pasiones ilegítimas, por medio de la obediencia á la Voluntad Omnisciente, interpretada en religion por una autoridad, que, en virtud de las pruebas que hemos dado, creemos infalible.

¿De qué clase de luces se teme pues? Si tal vez se ha llamado *luces* los adelantos de las artes industriales, no hay porque abrigar temor alguno. El papado los ha favorecido siempre—y en esas artes de esperiencia, la China, que es antiquísima, ha quedado atras de esa Europa, que cuenta pocos siglos de civilización; y esto, apesar de que fueron los Chinos, sin duda, los primeros, que con el vapor vieron saltar sus pucheros....¿Cuál la causa?....Es que solo las altas meditaciones producen las grandes inteligencias: es que son las necesidades del alma, y no las del cuerpo, las que deben ser *servidas por los elementos*. Pero, á otra cosa.

¿Quedaré proscrita la libertad, una vez declarada dogmáticamente la infalibilidad pontificia? Tal es el último temor de nuestros adversarios, que debemos examinar con algun cuidado, porque el sonido de esta palabra encuentra siempre una cuerda vibrante en nuestros corazones americanos; y he aquí, que al punto ocurre esa pregunta—¿Porqué aniquilaria la libertad, al elevarse á dogma la infalibilidad de ese mismo Poder,

que la introdujo al mundo, y la ha sostenido hasta hoy día, siendo infalible, (así lo creemos,) y ostentando serlo? Nuestros adversarios no nos lo dicen. Pero nosotros, que hemos dicho, que la introdujo, y la ha conservado en el mundo, trataremos de manifestarlo.

Antes del cristianismo solo encontramos un autónomo libre; esa *Patria*, cuya aparente libertad era el efecto de la servidumbre de los ciudadanos; y vemos, que la idea de esa *libertad tiránica* era tan dominante, que nunca la encontramos en los paganos *absoluta*, sino solo *relativa*; y hasta tal punto, que para los mismos Platon, Aristóteles, Ciceron—el *hombre libre* solo era el AMO.

Roma, única *Patria* triunfante, Roma, el Pueblo-Rei, habia acabado de ser *libre*, absorbiendo la libertad del mundo, que sujetó á sus murallas; para caer ella misma entre las manos de un César; y luego en las de un Octavio, que heredó á los romanos, como se hereda á los semóvientes. Entónces, el *Padre de familia*, que —ménos la libertad de suicidarse—habia abdicado hasta la de pensar por sí mismo, «esperaba para respirar, que el César abra las manos;» así como sus esclavos y familia esperaban, para respirar ellos, que él lo quisiese. Roma entera habia ido á fijar el último anillo de su esclavitud en el puñal de un César, marchando en cabeza, el sacerdocio, que preferia al cumplimiento de sus deberes—los desdenes pagados. Tal era el mundo antiguo—¿Porqué?

Porque el politeismo, haciendo olvidar al Dios único, habia zapado á la vez la unidad humana; cimentando así, en la multiplicidad de razas, (tan amada por los enciclopedistas,) la tiranía del pueblo vencedor sobre el pueblo vencido; y en la necesidad de una guerra eterna, la tiranía del feliz capitán sobre el pueblo triunfante.

Es entonces, y cuando el mundo estaba henchido de bárbaros, enemigos ó extranjeros, y de cautivos y de esclavos, que los apóstoles recordaron á los pueblos al Dios único; y cimentaron en el monoteismo la unidad

de la especie humana.

Esta proclamacion de un Dios crucificado, Padre y Juez de *todos* los hombres, oponiendo—*misiones conversoras* á los ejércitos proconsulares—*hospicios para extranjeros* á las degollaciones de prisioneros, el *frater pervenit* al espantoso *actum est*—*asilos para esclavos* á las flagelaciones legales—derruyó los cimientos de la tiranía—¿Porqué? Porque los Césares, no pudiendo ya hacer, que los Pueblos se aborrezcan á nombre de sus dioses, se vieron imposibilitados de servirse de sus odios, para esclavizar á los hombres con los hombres.

Ya se habia dicho: «...Padre Santo, guarda por tu nombre á aquellos, que me diste: para que sean una cosa, como somos nosotros» (S. Juan, XVII--44); y el Apóstol de los Gentiles habia escrito; «No hai Judío, ni Griego: no hai siervo ni libre: no hai macho, ni hembra; porque todos vosotros sois uno en Jesucristo.» (Galat. III--28.)

La unidad de la especie, fundamento de la igualdad y de la caridad; tal será pues siempre en la tierra la base de toda libertad.

Pero sobre esta misma base, la doctrina sobre la libertad es todavía mucho mas positiva en el cristianismo. Los que amais la libertad y temeis por ella, abrid los Evangelios: he ahí á S. Marcos (XII--47;) leed--«...DAD AL CESAR LO QUE ES DEL CESAR: Y A DIOS LO QUE ES DE DIOS....» Tal es la enseñanza del Libertador del género humano!

Esta arrobadora enseñanza, distinguiendo á Dios del César (los que, hace 3,000 años, se habian confundido en las prácticas humanas), limitó lo que á este se debe por lo que á Aquel corresponde; y recordó al hombre caído, que el poder de las autoridades y la obediencia de los súbditos tienen una misma linde—LA JUSTICIA; y que, cuando evidentemente estralimita sus poderes, se puede, y se debe resistir al César, con ese incommovible—*no puedo, no debo*.

Es desde este momento, que el hombre reconquistó el derecho de poseerse á si mismo—esa elevada

libertad de conciencia, base y fundamento de las libertades civiles, políticas y sociales, que como una bandera de triunfo esté eternamente espuesta, á los ojos de las naciones, en esa valiente frase del apologista africano—**«EL HOMBRE SOLO ES DE DIOS.»**

Ya espuesta esta doctrina, que en el estado de la humanidad solo del Cielo podia haber ya descendido; fué el primero de nuestros Papas el primero, que relevó al hombre de su absoluta sujecion á los poderes humanos, apoyando su libertad individual en el santuario de su conciencia. ¿Como? Aplicando la distincion divina; y haciendo resonar el Orbe entero con esas sublimes y valientes palabras, pronunciadas ante los Ancianos y los príncipes de los sacerdotes; *«Si es justo « delante de Dios oiros á vosotros antes que á Dios, « juzgado vosotros»* (Act. IV—19;) palabras animosas, esforzadas y justas, que despues han sido—la consigna del Papado.

¿Cómo la práctica corresponde á la doctrina! Pero...¿cuál es el instrumento, con que el cristianismo ha importado al mundo y mantenido en él, á pesar de sus furores, ese gran principio—*Al César lo del César; y á Dios lo de Dios?* ¿Cuál es el instrumento, con que este principio ha creado esa conciencia pública, tan opulenta de equidad, y tan henchida de amor á las libertades; esa conciencia pública, que, bajo la egida divina, es el muro de bronce, contra el que mas ó ménos tarde vienen á estrellarse todas las tiranías?...¿Cuál es ese instrumento? El papado. Y he ahí su historia, que manifiesta, que fueron los Papas, los que, pasándose la consigna de Pedro, han velado por todas las verdaderas libertades.

Quando la barbarie lo invadia todo, y creaba cautivos y esclavos á millares; fué el Papado el que voló á domarla; le enseñó, que su poder está limitado por la justicia; y que, siendo todos los hombres de un solo origen, es justo amar al prójimo, como á nosotros mismos—Quando esos terribles ejércitos, que levantaban á su paso colosales trofeos de cabezas humanas, amena-

zaban sepultar toda libertad bajo el casco del caballo de Atila; fué el Papado el que los hizo retroceder, enseñándoles, que «el hombre solo es de Dios,» y que nuestro Padre comun, que está en los Cielos, aborrece, que el hermano mate al hermano.—Cuando los Barones, cubiertos de hierro, derramaban á torrentes la sangre de los pueblos subyugados; fué el Papado el que con las *treguas de Dios* restañó su sangre, y les hizo respirar el aura de la libertad, cubriendo sobre todo à esa Alemania de Abadias y Ciudades libres.—Cuando los aventureros españoles, (gracias à las teorías, que atribuian el origen humano à la bastardía de las ranas, monos, etc.) se obstinaban en ver animales en los Incas; fué el Papado el que, declarándolos hombres, puso al amparo de la Cruz las personas de nuestros padres.

Es un Papa el que reclamó de Leon el Isauro la libertad de las artes—un Papa el que sostuvo contra Luis XIV la libertad de opiniones, cuando este brillante tirano mandó se enseñe bajo juramento «la declaracion del Clero» redacta'la por Colbert—un Papa en prision y sobre la tumba de otro Papa el que afrontó al Déspota que ahogó las libertades de Venecia y la Liga Alemana—un Papa el único, que ha incitado à los Príncipes europeos, à salvar la libertad de Polonia.

Es tan incontrovertible el apoyo prestado à la libertad por el Papado, que Guizot en su Historia de la civilizacion ha dicho: «La Iglesia, (sostenida por el Papado) ha sido, durante toda la Edad-Media, el solo asilo de la verdad, de la unidad, de la libertad;» hecho, que Troplong testifica, à cada línea de su «Influencia del Cristianismo sobre el derecho romano.» Tan incontrovertible es este hecho, que nuestros adversarios no podrian mostrarnos una sola accion en favor de la libertad, en los poderes enemigos del Papado; lo que señalamos como una sobre-prueba. Y ciertamente ¿qué podian haber hecho por ella un Neron—un Diocleciano—un Felipe el Hermoso—un Luis XIV—un Enrique VIII—un Bonaparte?—¿qué pueden hacer por ella un Mazzini—un Francisco José I—un Guillermo I—un Ale-

jandro II? Tan peligroso es para la libertad el repudiar el catolicismo, que hoy mismo el *gran* Castelar, en uno de sus mas brillantes discursos, echa en cara al Papado haber combatido por las *investiduras*, es decir, *haber sostenido, que no son OMNIMODOS los poderes cesáreos*. Tan peligroso es aquel repudio, que se encoje el corazon, al ver, que la revolucion española no ha producido hasta hoy; bajo un empuje poco católico, mas libertades que—la de poder *oponer ara contra ara*—la de poder hollar el clero—la de no creer sacramento el matrimonio; pues ha aceptado el...*matrimonio civil*—la de poder ser enseñada por las contradictorias sectas de toda heregia.....

Ese gran principio pues—*la justicia es el límite del poder y la obediencia*—bajado del cielo por el Redentor del mundo, ha sido implantado y sostenido indudablemente por el Papado. Y en verdad; si los Papas, armados de su autoridad infalible, no lo hubiesen recordado al mundo constantemente, y sin jamas equivocarse; hace siglos, que habria desaparecido bajo los golpes del racionalismo; como desapareció en las edades antiguas; y como desaparece mas cada dia en las naciones, que un dia rompieron con el Papado.

Quisiéramos retractar haber dicho, que este principio desaparece en las naciones atacadas del cisma: pero el suceder así, á pesar de que el Papado lo mantiene constantemente á sus ojos; nos obliga á conservar la frase. Y si á este respecto se nos muestra Inglaterra, Alemania, Estados-Unidos; les recordaremos las terribles verdades de Gaume, que todos han leído.

Pero nó: léjos de mostrarles la Grecia, el Asia, las costas africanas, la Rusia misma porque seria abusar de la posicion, en que nos coloca el catolicismo; preguntaremos—si la libertad consiste en que los unos sean los amos de los otros, y en que no pueda haber hombre libre, sin su esclavo á lado? Y seguros de que la pregunta arrancará una desdeñosa sonrisa, porque la idea de verdadera libertad ha sido vulgarizada por el Papado; rogaremos á nuestros lectores; que recuerden, que en

esas grandes Naciones, mas de la mitad de la especie—*la mujer y los hijos*—gimen bajo un yugo espantoso: *aquella* bajo el yugo inmoral del divorcio, y del divorcio como lo entendia Roma; y del divorcio, que ha bajado á las *grandes Señoras* á cebar el té mientras sus.....*seres superiores* se ocupan de *negocios serios*: y *los hijos*, bajo el yugo de la *esposicion*, del *infanticidio*, y del brutal *arrendamiento*, que, segun la lei, desde los 7 años, y segun la práctica, desde los 5, los convierte en el motor de una máquina, mientras se les regatea media patata.

Les rogaremos mas: que recuerden á Malthus con su espantoso aforismo, producido por el «llegas tarde:» sírveme, *diviérteme*, si quieres vivir; y si nó, «ve á buscar tierras entre los Hotentotes» de Voltaire: que recuerden, que al lado de la *contribucion para los pobres*, se ha quitado á estos hasta la libertad de pedir una limosna, con las *leyes contra los pobres*.

Despues de estos recuerdos que hablan mui alto; les mostraremos—á la Verde Erin, convertida en una gran victima—las cazas de salvajes—las mazmorras de la India, «cuya conquista se ha pensado seriamente en «terminar por medio de perros de presa;» y todo esto á los dos tercios de este siglo 19. Les interrogaremos, en fin, si la *Carta-Magna* inglesa, el *habeas corpus*, *etc.*, son productos del protestantismo; y si hoi mismo no hacen pensar seriamente los sordos ruidos que lanzan esos, que—sin el nombre—son mas esclavos, y esclavos mas desgraciados, que los esclavos de Pollion.

¿No veis—se nos dirà sin duda—que los Estados Unidos acaban de combatir por la libertad de los esclavos? Es verdad: confesamos, que allí se ha defendido á balazos la esclavitud. Pero aunque la palabra libertad haya resonado demasiado alto; he ahí el fondo de la lucha: los unos decian—*el algodón es rei; y servido por esclavos, es rei omnipotente*: y los otros: *el algodón es rei; y servido por el trabajo libre, es omnipotente*. Si mañana se demostrase el primer pensamiento, no vemos porqué no sostendria á nombre de la

industria, y á cañonazos, el derecho de encadenar millares de seres humanos.

¿Se replicará, que es la Inglaterra la que persigue el tráfico de esclavos? Verdad, todavía. Pero no son tampoco católicos los que hacen su tráfico clandestino: y en fin, esto es el producto de esa opinion pública creada—no por la filantropía—sinó por la caridad: y la caridad es católica.

No tienen pues razon para temer, que la libertad sea aniquilada, una vez declarada dogma la infalibilidad pontificia.

Y en verdad: el primer deber del hombre es la libre sumision á la caridad, la verdad, la bondad, la justicia; virtudes que con otras son el objeto de la religion del Crucificado. Si pues estas virtudes, reveladas por el que es *Infalible* no pueden ser sostenidas en su integridad y pureza, sino por un Ministro *infalible*; es evidente, que la infalibilidad papal no destruirá las libertades, al elevarse á dogma. Porqué? Porque sosteniendo incólume el dogma cristiano, sostendrá con la caridad lo bueno, lo justo, lo verdadero, que son los elementos de todas las libertades.

Con tal certidumbre, y sin poder olvidar, que la autoridad y la obediencia están limitadas por la justicia divina; continuamos los católicos tendiendo á ser libres moralmente, para serlo civil y socialmente: es decir, continuamos sometiendo los instintos brutales del ser caido á las prescripciones de la Justicia Infinita; y apoyados en la autoridad infalible del papado, no podemos olvidar cuales son estas prescripciones; pero ni dudar siquiera cuales son su interpretacion, y su aplicacion mas lejana.

Nó: los católicos, y todos los cristianos no creemos, que la libertad consista en decir: *quiero porque quiero —o—soi libre porque mando*: pues, si aquello fuera declararse tirano ó esclavo de las pasiones, estotro seria declararse loco ó idiota. Pero solo los católicos podemos decir con certidumbre: quiero, hago, porque este es mi deber—sé, que es mi deber, porque es justo—sé que es justo, porque el Omniciente lo ordena—y sé que El

lo ordena, porque su Ministro, asistido por su infalibilidad, me lo recuerda siempre, sin poder equivocarse nunca. Y de este modo, permaneciendo libres no solo respetamos, sino que proclamamos solemnemente la libertad de todos.

Así pues: apoyados en Aquel, que se declaró *el camino*, y prometió *no abandonar su Iglesia hasta el fin de los siglos*; creemos los católicos ser tanto mas libres y lejitimamente libres, cuanto mas sometemos voluntariamente—lo temporario á lo eterno—lo contingente á lo absoluto—la sabiduria finita á la verdad y justicia infinitas—el hombre—voluntad á su Creador Omnisciente—porque la libertad no puede ser sino—el voluntario cumplimiento del deber, cou la conciencia de haber podido no cumplirlo.

Tan cierto es esto, que solo el catolicismo ha producido ese máximun de libertad, que se llama *santidad*; y solo él hace, que se pueda decir: *video meliora proboque, atque MELIORA sequor*; entretanto que, fuera de él hai que arrodillarse ante la tiranía ò el libertinage—Obbes ó Fourrier.

CONCLUSION.

Al terminar nuestra esposicion de razones, aceptamos de antemano lo que la Iglesia declare á este respecto; pues no podemos creernos infalibles.

En cuanto á esa cuestion—*¿La infalibilidad ha sido adscrita al Papado o al Papa?*—la creemos inútil; pues, ni el *ministerio* puede obrar sin *ministro*; ni el *ministro* ser infalible, sino en el solemne ejercicio del ministerio.

En cuanto á esta otra—*¿El Papa es indefectible, o infalible con las condiciones dichas?*—la creemos tambien una simple cuestion de concision de language; pues, habiéndose usado la voz *indefectible* en el sentido de que el Papa no puede proponer, ni sostener un dogma falso, ni hacer que la disciplina sea contraria al dogma, (sig-

nificado en que tambien la hemos usado) creemos idéntico decir—*indefectible*—ó bien—*infallible* cuando ex cátedra define el dogma, o decreta sobre la disciplina.

Al preferir esta última forma, lo hicimos porque, cayendo un periódico en manos de todos, nos era preciso seguir á Sicilia, que enseña, que «sean cuales fueren las palabras, lo importante es, que se entiendan bien las cosas.»

CONCLUSION

ÍNDICE.

	pag.
Introducción.	4.
I. Principios.	
§ 1.º <i>La fé es una ley de la inteligencia humana que no se satisface sino por medio de la infalibilidad</i>	5.
§ 2.º <i>La conservacion de las verdades reveladas por Jesu Cristo exige el divino establecimiento de una autoridad infalible.</i>	43.
§ 3.º <i>Jesu Cristo ha establecido como fundamento de su Iglesia un organo infalible de la doctrina revelada</i>	47.
II. Hechos.	
§ 1.º <i>Universalidad, primer atributo del Papado considerado á la luz de la historia</i>	26.
§ 2.º <i>Perpetuidad, segundo atributo del Papado en el terreno de los hechos</i>	27.
§ 3.º <i>Verdad historica de la infalibilidad del Papa.</i>	33.
III. Temores y objeciones.	
§ 1.º <i>Objeciones contra la infalibilidad del Papa</i>	37.
§ 2.º <i>El dogma de la infalibilidad del Papa se opone á la civilizacion? á las luces? á la libertad?</i>	48.
Conclusion.....	62.